

Selección

TERROR

EL GATO Y LAS RATAS

CLARK CARRADOS

—La rata no era pequeña y se defendió desesperadamente. En la pelea, empujaron la puerta, que no estaba cerrada por completo. Eso es lo que usted vio primeramente. Luego el otro ruido… Bien, los gatos tienen unas mandíbulas más fuertes de lo que parece al morder, rompía algunos huesecillos de su presa. ¿Satisfecha de la explicación?

—Sí, ahora parece todo completamente lógico.

—De cualquier manera, yo también me impresioné muchísimo cuando oí el ruidito de los huesos triturados. Pero no tiene nada de particular que haya ratas en una casa abandonada. Y los gatos, sobre todo en los pueblos pequeños, se van mucho al campo, con el fin de cazar y aumentar su dieta.



Clark Carrados

El gato y las ratas

Bolsilibros: Selección Terror - 165

ePub r1.0

xico_weno 25.11.16

Título original: *El gato y las ratas*
Clark Carrados, 1976
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

—Está usted desesperado —dijo el hombre.

Bertie Vinceton asintió.

—Sí.

De repente, Bertie se dio cuenta de que había contestado maquinalmente a un hombre a quien no conocía y que no tenía por qué estar enterado de su pésima situación.

—Oiga, ¿qué diablos le importa…? —añadió, con un gruñido.

El otro sonrió.

—En efecto, no me importa nada. Es a usted a quien debe importarle la ruina en que se encuentra.

Vinceton estaba tan desesperado, que había quebrantado una de sus normas habituales, la cual solía cumplir con inusitada rigidez: no bebía.

Y ahora tenía delante de sí un buen doble de *whisky* y, por si fuese poco, en un tugurio infecto, lugar en el que, de haberle rodado las cosas medianamente bien, o aunque sólo fuese mal en lugar de catastróficamente, jamás habría puesto los plus.

—De todos modos, es un asunto mío —contestó hoscamente.

—Pero quizá yo pudiera ayudarle, aunque, por supuesto, usted tendría que poner algo de su parte.

Vinceton levantó una mano.

—Mozo, ¿qué le debo? —preguntó.

El barman se acercó.

—Está pagado, señor —dijo.

Vinceton volvió la cara hacia el otro sujeto. Había una pareja, sentados en el fondo de la taberna. Las cuatro personas eran los únicos clientes del local.

El hombre era alto, delgado, pero no mucho, de rostro pétreo y ojos muy claros. Vestía corrientemente, de un modo discreto que,

pese a la singular expresión de su rostro, le habría hecho pasar desapercibido en cualquier parte.

—Está usted desesperado, Bertie —dijo el hombre—. Si no encuentra pronto veinticinco mil dólares, irá a la calle… y hasta me atrevo a decir que incluso le quitarán la ropa que lleva puesta.

—Oiga, ¿cómo diablos sabe tanto…?

—No se preocupe, Bertie. Yo puedo darle los veinticinco mil dólares, con una sola condición.

—¿A quién he de matar, señor…?

—Lask, simplemente, Lask, Y no tiene que matar a nadie, Bertie.

—Pero, por todos los diablos, ¿quiere explicarse de una maldita vez? —exclamó Vinceton, exasperado.

—Será mejor que salgamos. Se lo explicaré mientras paseamos.

Vinceton se sentía extrañamente intrigado. Sin formular la menor objeción, salió detrás del sujeto. Luego en la calle, se emparejó con él.

Lask habló brevemente, menos de un minuto.

—No —contestó Vinceton—. ¿Me toma por… por un coyote?

—Usted es persona inteligente. Y el trabajo que le propongo es fácil y sencillo.

Lask sacó mil dólares en billetes y los puso en las manos de su aturdido protagonista.

—Aquí tiene, para los primeros gastos —indicó—. Sólo necesita ahora leer los periódicos o enterarse en las agencias funerarias de cuándo muere una chica joven, de edad comprendida entre los veinte y veinticinco años, averiguando también, como es lógico, el lugar donde va a ser enterrada. Yo le aconsejaría algún pueblo pequeño, donde no haya demasiada gente… En fin, no todo lo voy a hacer yo, amigo Bertie. Y ya sabe; basta una navaja de afeitar para la carne y un serrucho pequeño, pero muy afilado para los huesos. Por favor, no se olvide de amputar a unos diez centímetros de la muñeca. Esto es muy importante.

Vinceton estaba inmóvil, con la boca abierta, y los billetes en la mano. Casi no advirtió los Jirones de niebla que ascendían con cierta rapidez desde el ancho cauce del río.

Lask echó a andar. De pronto, se volvió.

—Ah, había olvidado algo —dijo—. Ahí, entre los billetes, tiene un número de teléfono. Llámeme cuando haya cumplido mi

encargo.

Vinceton tragó saliva.

¿Había hablado con un loco?

Pero los locos, se dijo, no solían ir por ahí, repartiendo dinero, a las once de la noche.

La niebla se espesaba con rapidez. Lask se detuvo de pronto a unos treinta pasos de distancia y se volvió de nuevo.

Estaba bajo un farol.

Sonrió.

A Vinceton, aquella sonrisa le pareció la sonrisa del diablo.

Luego, la niebla ocultó la alta figura y Vinceton se quedó solo en aquel sector del muelle.

* * *

El motor tosió de pronto y tras unos jadeos se paró.

—Maldita sea —dijo el conductor.

—Oye, cuidadito, tú —exclamó ella—. Este truco me lo conozco de sobra. Una avería y…

Smith cortó el contacto y emitió un reniego.

—Es una avería auténtica —dijo.

El motor se había parado y las luces estaban apagadas. Por fortuna, había la luna suficiente para ver el camino y evitar un tropiezo desagradable.

Echó el freno de mano y se apeó. De pronto, la joven dijo:

—Eh, mira, un cementerio.

Smith volvió la cabeza un instante.

—Sí, un cementerio —convino—. Pero no temas, Nellie; los muertos no muerden.

Ella sintió un escalofrío. La luna daba la suficiente luz como para ver las tumbas más cercanas, con sus lápidas blanqueando de una forma que le pareció espectral. Smith, sin embargo, no parecía sentir el menor temor por haberse detenido en las inmediaciones del camposanto.

Smith abrió la guantera y sacó una linterna. Luego levantó la tapa del motor.

—Bueno, nena —dijo al cabo de unos momentos—, ya he encontrado la avería.

—Entonces, vámonos…

—Calma, calma. He encontrado la avería, pero tengo que repararla. Será cuestión de cinco minutos. Sólo este maldito cable, que se ha partido…

Apoyó la linterna en un saliente interior y buscó una navajita en sus bolsillos. Nellie, algo más tranquilizada, se apeó del coche. A fin de cuentas, la noche era muy agradable y, bien mirado, los muertos… estaban muertos.

—Hay algo que nunca me has explicado bien, Apolo —dijo.

—¿Sí? —Gruñó él, con el cuerpo doblado en ángulo recto hacia adelante.

—Eso, por qué te llamas Apolo. Vaya capricho que tuvo el que te puso ese nombre.

—Entonces, yo no podía protestar. Y ahora me gusta. Simplemente, a mi madre le pareció que el Smith era muy poca cosa. No iba a llamarme Tom o Pete o Joe o John… así que decidió llamarme Apolo.

—El dios de la belleza masculina. Hermoso como un Apolo —rió Nellie.

—Más o menos. ¿O es que no soy guapo, cariño?

—Además, también eres un Jacinto…

—Narciso, Narciso, no te confundas, guapa. Narciso fue aquel dios que se enamoró de sí mismo.

—Bueno, pues Narciso… ¡Apolo! —exclamó ella de repente.

—Dime, preciosa.

—Ha… ha… hay un fa… fantasma en el ce… cementerio…

—Tonterías. No hay fantasmas en ninguna parte.

—¡Pero yo lo he visto! Se movía por allí… entre las tumbas…

Smith maldijo entre dientes. La excursión había sido un desastre. Nellie tenía un gusto pésimo para preparar los bocadillos. Por si fuera poco, se había mostrado reticente y evasiva y ni siquiera le había permitido un beso.

Terminó de empalmar el cable y se limpió las manos con un pañuelo. Al mirar a Nellie, la vio rígida, inmóvil como una estatua, con los ojos dilatados por el terror.

—¡Nellie!

—E… el fa… fantasma…

Smith bajó la tapa de un golpe.

—No seas tonta —rezongó—. Hay árboles. Sopla un poco de

viento. Seguramente, habrás visto alguna sombra al caer sobre una lápida, eso es todo.

—La… la sombra se movía… Allí, Apolo…

Nellie tendió la mano. Smith decidió tranquilizarla.

—Espera aquí, voy a ver —dijo.

Agarró la linterna, cruzó la carretera y remontó la pequeña cuestecita que conducía al cementerio. Éste carecía de tapias, ya que era un recinto abierto. Las tumbas habían sido colocadas con cierta irregularidad. Smith pudo darse cuenta de que el cementerio pertenecía a una localidad de, relativamente, pocos habitantes.

Alcanzó el lugar donde Nellie había dicho ver el fantasma y paseó la linterna por las lápidas. Confiaba en que ella viera el resplandor de la lámpara y se sintiese más tranquila. De pronto, vio un trozo de tierra que parecía recién removida.

La hierba faltaba en una extensión de unos dos metros cuadrados. Posiblemente, se dijo, tras pisar la tierra y encontrarla todavía húmeda y blanda, alguna persona había sido enterrada allí pocos días antes.

Giró sobre sus talones.

—No había ningún fantasma —dijo, al llegar junto al coche.

—Entonces, vámonos, vámonos…

Smith comprendió que Nellie estaba al borde de un ataque de histeria.

Lo que faltaba, pensó, furioso.

El motor arrancó satisfactoriamente. Smith encendió las luces y pisó el acelerador.

—Te llevaré a casa, Nellie —dijo.

—A la mía, Apolo.

—Claro, claro —contestó él, sarcástico—. ¿O es que temes algún ultraje a tu virtud? —Por favor, querido…

—Sí, lo que tú digas.

En el cementerio, oculto tras una enorme lápida, Bertie Vinceton sudaba de miedo.

Por unos minutos tan sólo no había sido sorprendido en su macabra tarea. A sus pies tenía la caja, en forma de maletín, que contenía el miembro solicitado por Lask y que le Iba a reportar veinticuatro mil dólares.

Esperaba que Lask no se hubiese burlado de él.

Porque si se trataba de una broma pesada, le pegaría cuatro tiros.

A fin de cuentas, estaba arruinado y ya todo le daba igual.

El coche de aquellos malditos entrometidos se alejó por fin. Vinceton dejó pasar todavía un buen cuarto de hora.

Luego, en silencio, abandonó el cementerio.

Su coche estaba escondido en un sitio discreto, de modo que nadie sino él pudiera localizarlo. Diez minutos más tarde, llegó al automóvil, dejó la caja en el asiento delantero y puso la llave de contacto.

En el momento de arrancar, pensó un instante en la muerta.

Era una mujer joven, de no más de veintidós años. Un salvaje celoso le había pegado dos tiros, atravesándole el corazón. La muerte había sido instantánea.

Vinceton recordaba todavía el hermoso rostro de la muchacha muerta. Parecía dormir.

—Pero yo no soy mejor que su asesino —murmuró—. Le he cortado la mano izquierda por dinero.

¿Qué extrañas aficiones tenía Lask?, se preguntó.

De todos modos, poco importaba ya, se dijo. Al día siguiente podría solucionar sus problemas.

De repente, vio un automóvil cruzado en medio del camino.

Frenó. Un hombre, armado con una enorme pistola, corrió hacia él.

—Bájese —ordenó el sujeto.

—Pero, oiga…

Otro sujeto apareció.

—No podemos perder tiempo, tú —dijo.

—Oigan, yo tengo mucha prisa…

La pistola ladró dos veces. Vinceton se desplomó en el asiento, con los ojos dilatados por el asombro.

—Pero yo estoy arruinado… Iban a darme…

Ya no habló más. Ni siquiera se enteró de que dos fuertes brazos le sacaban a rastras del coche y lo arrojaban a la cuneta.

Mike Brigh se sentó tras el volante. Dan Lacey abrió la portezuela derecha. En la mano llevaba un maletín bastante pesado.

—Mira, hay una caja… A ver si ese tipo era también del oficio —rió.

—Vamos, siéntate, los disparos han hecho mucho ruido —gruñó Brigh.

El coche arrancó instantes después.

—Mike, ¿estás seguro de que esa casa está deshabitada? —preguntó Lacey a los pocos momentos.

—Segurísimo. Oye, estaremos allí una semana. En el coche tenemos provisiones de sobra. La policía se cansará de buscamos y entonces podremos largamos sin peligro.

—Está bien pensado —sonrió Lacey—. Y ha sido un buen golpe.

—Ya te lo dije, muchacho, ya te lo dije…

Un cuarto de hora más tarde, el coche se detenía ante una casa de tejado picudo, de pizarra, casi oculta entre los árboles que coronaban la pequeña loma en que había sido edificada.

Lacey y su compinche descargaron el coche rápidamente. Lacey se encargó de llevarlo a la parte posterior. Entonces recordó la caja que había dejado en el asiento posterior y la llevó a la casa.

Brigh había corrido las cortinas, a fin de poder encender algunas velas que asimismo figuraban en las cajas de provisiones. Lacey entró y propuso examinar el contenido de la caja de Vinceton.

—Primero, un trago a la salud del Banco de Fowlinson —dijo Brigh alegremente.

—Eso está muy bien —accedió Lacey—. Oye, ¿cuánto calculas…?

—Psé, entre ciento cincuenta y doscientos —contestó el otro con simulada indiferencia.

Lacey se frotó las manos.

—¡Buen golpe! —exclamó.

Entonces se oyó un ruido extraño en el interior de la casa.

CAPÍTULO II

Brigh y Lacey cambiaron una mirada.

—Dijiste que estaba deshabitada —murmuró Lacey.

Brigh sacó su pistola.

—Voy a ver —dijo.

Lacey quedó en la sala. El silencio había vuelto tras aquel ruido, que le pareció un golpe seco, como de una puerta cerrada con cierta brusquedad.

De pronto, reparó en la caja que había encontrado en el coche robado.

—Sólo faltaría que el tipo también huyese con un montón de *pasta* —dijo divertidamente, mientras soltaba las presillas de cierre.

Levantó la tapa. Un grito de horror escapó de sus labios.

Espeluznado, contempló la mano de mujer que descansaba sobre el forro de terciopelo rojo. Era una mano blanca, fina, de dedos delicados… Pero Lacey no estaba en aquellos momentos para contemplaciones más o menos estáticas.

—¡Mike! —aulló.

Brigh no contestó.

Lacey sintió que los pelos se le ponían de punta. Por segunda vez, pronunció el nombre de su compinche.

En la casa reinaba un silencio absoluto. Los dientes de Lacey castañetearon.

—¡Mike!

Pero Brigh seguía callado. Al fin, Lacey se decidió y agarró una de las velas.

Recorrió la casa. Brigh no aparecía por ninguna parte.

Empezó a sentir miedo. Buscó por todos los rincones.

—Me voy de aquí —dijo a media voz—. Ya no aguanto más…

Corrió hacia la sala y agarró el maletín con el dinero. Segundos

más tarde, hacía arrancar el coche.

Cinco kilómetros más adelante, le pareció notar que no estaba solo.

Frenó un poco. A través del retrovisor divisó un bulto en el asiento trasero.

—¿Eres tú, Mike? Diablos, si te gusta la broma, podías decirlo…

Brigh calló. Casi de repente, un pesado camión se cruzó con ellos.

Las luces del vehículo iluminaron el interior del coche durante una fracción de segundo. Fue suficiente para que Lacey viese el cuchillo que Brigh tenía clavado en el pecho hasta la empuñadura.

Un alarido de horror brotó de sus labios. De pronto, se dio cuenta de que la velocidad que llevaba era excesiva para entrar sin riesgo en la curva que se le echaba encima.

Frenó a fondo.

El error era mayúsculo. El asfalto estaba muy húmedo y las ruedas traseras patinaron. Inexorablemente, el coche se deslizó hacia la valla que protegía el lado izquierdo de la carretera.

La valla saltó en pedazos y el automóvil se precipitó en el abismo.

* * *

Sentado en la cama, Apolo Smith leía el periódico, tomando de cuando en cuando un sorbo de café de la taza que tenía al alcance de su mano.

Las noticias qué tenía ante sus ojos carecían de interés. La situación internacional estaba, poco más o me nos, como la víspera.

Los sucesos…

A un tipo llamado Bertie Vinceton le habían robado el coche, tras pegarle dos tiros.

El Banco de Fowlinson había sido asaltado por dos forajidos. El botín de los atracadores se calculaba en unos ciento ochenta mil dólares. Por fortuna, nadie había resultado herido.

Un coche se había salido de la carretera y sus dos ocupantes habían muerto. El vehículo se había incendiado a continuación. La policía suponía que los muertos eran los mismos que habían atracado el Banco.

El periódico, sin embargo, no decía nada sobre su fracaso

amoroso con Nellie Westmore.

—La verdad, esto es algo que sólo sé yo —gruñó Smith, descontento.

De pronto, sonó el timbre.

—Vaya, un pelmazo a estas horas.

Apartó las ropas a un lado, metió los pies en las zapatillas y se puso un batín corto. Luego salió del dormitorio.

Abrió la puerta. Una atractiva muchacha, de unos veintitrés o veinticuatro años, pelo castaño dorado, ojos grises, figura escultural y expresión resuelta, apareció ante sus ojos.

—¿Señor Smith? —dijo ella.

—Sí, yo mismo…

La chica vestía un sencillo trajecito azul claro, con vivos blancos. El borde inferior de la falda quedaba a diez centímetros de las rodillas más bonitas que Smith había visto en su vida.

—Me llamo Mavis Glenville. Deseo hablar con usted, señor Smith —declaró la muchacha.

Smith movió la mano.

—Estoy a su disposición, señorita Glenville —contestó.

Ella entró en la casa.

—Una noche agitada, ¿eh? —comentó—. Se levanta muy tarde…

—¿Ha venido a verme sólo para decir que no me gusta madrugar?

—Dispénseme, estoy un poco nerviosa… Señor Smith, deseo que busque a mi hermana Bárbara. Se casó hace años con Joshua Neagle y sospecho que éste la ha asesinado. Hace algún tiempo estuve hablando con mi cuñado y me dijo que Bárbara le había abandonado. Pero yo no lo creo. Por tanto, le pagaré lo que me pida, pero quiero que pruebe que Joshua mató a su esposa, esto es, mi hermana.

—Señorita Glenville…

—Joshua es un tipo chiflado. Hace experimentos disparatados y eso cuesta dinero. Mi hermana se casó locamente enamorada de él, pero sospecho que se cansó de sufragar unos trabajos que no tenían porvenir.

—Todo eso me parece muy bien, pero…

—A mí no me gustó Joshua nunca. Será instinto, intuición o tal

vez solamente antipatía, llámelo como quiera; pero, aunque soy más joven que Bárbara, supe adivinar lo que iba a suceder. Ella no me hizo caso y a estas horas es más que probable que esté bajo seis palmos de tierra.

—Muy lamentable, señorita Glenville…

—Nuestros padres nos dejaron una regular fortunita, que fue partida cuando Bárbara se casó. Por tanto, puedo pagar sin dificultad su factura. No me importa la cifra, sino el resultado.

—Mucho me temo que el resultado que yo pueda ofrecerle no sea sino un rotundo fracaso, señorita.

Mavis le miró asombrada.

—¿Por qué? Es usted uno de los más reputados detectives de la ciudad.

—La profesión de detective privado es dignísima, pero no es la clase de trabajo que me agrada, *miss* Glenville.

—Oiga, usted se burla de mí… ¡Yo he visto su nombre en la placa que hay fuera, en la puerta!

—Sí, A. Smith. Pero el A. Smith, detective privado, vive en la planta inferior. Yo soy A. Smith, pintor.

Mavis se quedó con la boca abierta.

—¡Podía habérmelo dicho antes! —explotó de súbito.

—Usted no me dejaba hablar. Cada vez que yo quería decírselo, usted seguía con su rollo…

—¿Llama rollo al relato de un asesinato? —Se enfureció la chica.

—Usted no lo sabe de cierto todavía.

—¡Pero Joshua mató a mi hermana!

—¿Le vio cometer el crimen?

—No, claro, pero…

—Entonces, no puede afirmar que sea un asesinato.

—Yo estoy segura de ello, señor Smith.

—Sin pruebas, no se puede calificar de delito la acción de una persona. A lo mejor, Bárbara se cansó de su chiflado esposo.

—¿Cree que Joshua la dejaría escapar tan fácilmente? Se le habría secado la fuente del dinero, hombre.

—Y no hubiera podido proseguir sus experimentos.

—No.

—¿Qué clase de experimentos?

—No lo sé, nunca me he preocupado del particular.

—¿No se lo dijo nunca Bárbara?

—Ella no se preocupaba jamás de los trabajos de su esposo.

—Pues sí que era una esposa amante y confiada… Si mi esposa no se preocupase por mi trabajo, el que se sentirla preocupado seria yo.

—¿Es usted casado?

—No, señorita Glenville.

—Entonces, ¿por qué se va a preocupar su esposa por su trabajo?

—Era sólo un decir —sonrió él.

—Bien, el caso es que yo quiero… Pero ¿no habíamos quedado en que no es detective?

—No lo soy, señorita.

Mavis paseó la vista a su alrededor.

—Esto no tiene el aspecto de un estudio de pintor —comentó.

—Es mi vivienda. El estudio está en otro edificio.

—Ah, ya comprendo. Pero, dígame, ¿por qué me ha hecho tantas preguntas, si no es detective?

—Por el placer de contemplar a una chica preciosa durante el mayor rato posible.

—¡Desvergonzado!

—No; sincero, señorita —rió él.

—Está bien, hablaré con el auténtico detective —dijo.

—No podrá hablar con el otro Smith.

—¿Por qué? —preguntó Mavis, volviéndose de nuevo.

—Ésta en el hospital. Alvin Smith, ése es su nombre, no trabaja estos días.

—¿Le ha pasado algo?

—Un marido celoso le encomendó buscar pruebas de la infidelidad de su esposa. Lo consiguió, pero la esposa infiel se puso furiosa y le pegó una patada en la pierna derecha. El pie de la adúltera resultó más resistente que la tibia del detective.

—No le creo. Está burlándose de mí.

—Baje a la planta inferior. Busque el departamento

E-5.

La secretaria de Alvin Smith le informará cumplidamente.

—Sí, lo haré —prometió Mavis.

Smith se quedó solo.

—Vaya un torbellino —murmuró, mientras se encaminaba al cuarto de baño.

Poco más tarde, vestido y recién afeitado, volvió a la sala.

Mavis le miró desde una silla. Estaba sentada, erguida, con las manos sobre el regazo.

—Usted tenía razón —dijo tristemente.

—Lo siento de veras. ¿Por qué no va a la policía?

—Ya lo hice, pero la investigación resultó infructuosa.

—Señorita Glenville, no sé qué hacer por usted… Si yo fuese detective, la ayudaría con muchísimo gusto, incluso gratuitamente: pero sólo soy un pintor…

—¿Y vive de la pintura?

Smith sonrió de mala gana.

—Hago portadas para libros, dibujos de propaganda… Eso me da el dinero suficiente para dedicarme, de cuando en cuando, a mi verdadera afición.

—Ya entiendo. Me siento desconcertada —murmuró ella.

—Pero ¿de veras cree que Bárbara fue asesinada?

—Sí.

—¿Se ha preocupado de comprobar si Neagle cobró la herencia?

Mavis alzó las cejas.

—No —contestó.

—Mujer, eso es lo primero que debería haber hecho. Si ella le abandonó, Neagle no pudo cobrar ninguna herencia. Se necesita una declaración de fallecimiento, aparte de un testamento, claro.

Ella se puso en pie de un salto.

—Iré a averiguarlo ahora mismo —exclamó—. Gracias por la idea, señor Smith.

El joven sonrió.

—Es un consejo gratuito —dijo.

Mavis le miró y forzó una sonrisa.

—Quizá haya tenido mucha suerte al equivocarme de puerta —dijo.

—A mí no me cabe la menor duda —contestó él—. Es más, voy a hacerle una proposición.

—¿Sí?

—En estos momentos, ando bien de trabajo… quiero decir que ya lo tengo hecho. Por tanto, puedo tomarme unos días de

descanso. ¿Le importa que la acompañe?

Mavis dudó un instante.

—En realidad, no tengo nada que objetar —respondió—. Soy forastera, no conozco a nadie…

—Me conoce a mí.

—¿Es usted de fiar, señor Smith?

—Totalmente, señorita Glenville… o mejor dicho, Mavis.

—Sí, está bien dicho, aunque yo no sé todavía cómo se llama usted, es decir, lo que hay detrás de la A y el punto.

—Polo.

—¿Cómo?

—Apolo, ése es mi nombre, Mavis.

—Tiene usted un sentido del humor…

Smith sacó su billetera y se la tendió.

—Vea mis documentos —dijo.

—Pues sí, es verdad —exclamó ella, después de unos segundos —. Oiga, ¿y no le pusieron más nombres mitológicos?

—Mi madre opinó que con Apolo ya había bastante. ¿No le parece a usted, Mavis?

Los ojos de la muchacha emitieron unas chispitas.

—Es bastante, en efecto —convino. De pronto se puso seria—. Yo aquí riéndome… y mi hermana pudriéndose en algún ignorado rincón…

Smith respingó.

—¡Caramba, Mavis, no hay que ser tan macabra! —exclamó.

—Me lo dice el corazón —gimió ella—. Bárbara está muerta.

CAPÍTULO III

La mujer se apeó del coche y caminó con paso lento, pero seguro, hacia la casa que se veía un tanto aislada de la población. El coche había quedado a la entrada a unos doscientos metros escasos.

Era alta, morena, bien conformada. Vestía enteramente de negro y el óvalo de su rostro era una mancha lívida en la oscuridad.

Llegó a la casa y abrió la puerta. Una voz sonó en el piso superior:

—Estoy en mi despacho.

La mujer subió lentamente por la escalera. Ahora tenía las manos en el bolso, también negro, como su indumentaria, y éste apoyado en el pecho.

—Pase —dijo el hombre.

Ella entró. Al verla, el doctor White se puso en pie, con los ojos fuera de las órbitas.

—No, no es posible…

—Estoy aquí —dijo la mujer con voz carente de tonalidades.

—Pero… yo la vi muerta… Certifiqué su defunción…

—Usted se equivocó. Yo estaba viva.

—Señora…

—Es tarde para excusas.

Un revólver apareció de pronto en la blanca mano de la mujer de luto. El arma disparó varias veces.

Charles White, doctor en medicina, se desplomó muerto.

La habitación apestaba a pólvora quemada. Ella dio media vuelta y sin prisas, con el mismo paso tranquilo y reposado que había empleado desde el primer momento, abandonó el despacho del galeno.

Los disparos habían hecho bastante ruido. La gente del pueblo, sin embargo, dormía hacía rato. Muchos creyeron que se trataba de

algún joven salvaje haciendo petardear su motocicleta.

La mujer volvió al coche. Cuando ya estaba a punto de arrancar, un hombre, que pasaba casualmente por el camino, miró hacia el vehículo.

—¡Jesús! —exclamó, aterrado.

Los ojos de la mujer relucían como los de una fiera. El hombre, sin saber por qué, sintió un miedo espantoso y echó a correr.

Ella puso en marcha el automóvil y lo hizo virar en redondo.

Un cuarto de hora más tarde, detuvo el coche, se apeó y entró en la casa, cuyas ventanas estaban ocultas por las cortinas.

Un hombre salió a su encuentro.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí —respondió ella.

—¿Cómo va el brazo?

—Funciona.

Las manos del hombre tomaron el brazo de la joven y subieron la manga casi hasta el codo. Sus ojos contemplaron el miembro con notorio interés.

—No marcha muy bien —dijo.

—No siento nada —contestó ella.

—Esperaremos algunos días. De lo contrario…

La mujer no dijo nada. El hombre, después de unos instantes de reflexión, dijo:

—Acuéstate.

—Sí.

Ella se marchó. El hombre lanzó una maldición.

—Condenado… Debí haberlo hecho yo mismo… Pero esto puede tener una solución rápida.

Giró sobre sus talones y descendió al sótano de la casa, grande, bien iluminado. Al fondo, metida dentro de un gran ataúd, con tapa transparente, había una hermosa mujer. Ella parecía dormida. Un fino velo cubría su cuerpo.

Las manos del hombre se movieron rápidamente. Momentos después, se acercaba, al ataúd y levantaba la tapa. La mujer abrió los ojos.

—Déjeme ir —rogó.

—Lo siento.

Una aguja pinchó la vena del brazo izquierdo. La jeringuilla se

llenó de sangre. Luego, otra aguja inyectó en el cuerpo de la joven un potente somnífero.

La tapa del ataúd cayó de nuevo. El hombre se acercó a un microscopio con la jeringuilla llena de sangre.

—¿Por qué, por qué fracaso? —exclamó, lleno de rabia.

* * *

Había cierto tumulto en la calle principal de la aldea, cuando Smith detuvo su coche. Un agente de uniforme le indicó que lo estacionase un poco más adelante.

—¿Sucede algo, guardia? —preguntó.

—Un asesinato, señor.

—Oh, muy lamentable…

Smith paró el coche cincuenta metros más adelante. A pocos pasos vio la muestra de una taberna.

—¿Le apetece una taza de café, Mavis?

—Sí, me sentaría bien —aceptó la chica.

—Con tal de que no hayamos hecho el viaje en balde.

—El matasellos de la última carta de Bárbara procedía de aquí —dijo Mavis.

Entraron en la taberna. Una mujer rolliza, pechugona, de cara rubicunda, les atendió en el acto.

—Café —pidió Smith.

—Al momento, señor.

La tabernera trajo las tazas a los pocos momentos.

—Señora… —dijo el joven.

—Dewey —se presentó ella.

—Gracias, señora Dewey. Yo me llamo Smith. Ella es Mavis Glenville.

—Encantada. ¿Puedo serles útil en algo?

—Señora, busco a mi hermana —dijo Mavis.

—No conozco a nadie llamado Glenville, señorita. —Estaba casada. Por tanto, cambió el apellido. Su esposo se llama Joshua Neagle.

Bess Dewey se quedó atónita.

—Usted… hermana de la señora Neagle…

—Sí, en efecto. ¿La conoce usted?

La cabeza de Bess se movió varias veces.

—Cuánto lo lamento, señorita. Su hermana murió hace seis meses —dijo.

Smith disparó el brazo derecho. Así pudo sostener a Mavis, que parecía a punto de derrumbarse.

—Ponga algo de licor en el café de la señorita —indicó.

—Si, al momento… No saben cuánto lo lamento —dijo Bess—. La señora Neagle era tan buena, tan dulce… Todos sentimos muchísimo su muerte…

—¿Qué le pasó? —preguntó Smith.

—No lo sé bien. El doctor White podría decirlo, si viviera, señor.

—¿Es que ha muerto?

—Lo han asesinado esta noche.

Smith recordó instantáneamente la multitud que había congregada frente a una de las casas de la entrada del pueblo.

—Lastimoso —murmuró—. Pero ¿no habrá nadie más que pueda decirnos las causas de la muerte de Bárbara Neagle?

—Suponiendo que haya muerto —sonó de pronto la voz de un hombre, que acababa de entrar en la taberna.

* * *

Smith y Mavis se volvieron instantáneamente.

—¿Qué estás diciendo, Randy Burdon? —protestó la tabernera con gran vehemencia—. En Hyland Village todos sabemos que la señora Neagle murió. Incluso yo misma asistí a su entierro, porque la apreciaba mucho; y hasta llevé un ramito de violetas. Era una mujer de todas prendas, simpática, amable y cariñosa con todo el mundo… y ahora vienes tú a decir que no está muerta, condenado borrachín.

Burdon se acercó al mostrador. Era un hombre de unos cincuenta años, con barba de dos semanas y ropas desastradas. *El típico vago de pueblo,* pensó Smith.

—Anoche vi yo a la señora Neagle —insistió Burdon.

Smith movió una mano.

—Póngale una copa, por favor —indicó.

—Es tirar el dinero —dijo Bess desdeñosamente—. A este borracho ya no le haría efecto ni siquiera un litro de aguarrás.

—Guárdate tus comentarios, saco de grasa, y ponme esa copa —refunfuñó el recién llegado—. ¿Son ustedes familiares de la señora

Neagle? —preguntó.

—Ella es su hermana —dijo Smith.

—Y yo fui al entierro de Bárbara —exclamó Bess, a la vez que golpeaba el mostrador con el vaso.

—Yo no sé si la enterraron o no, porque no estuve en el cementerio. Lo único que sé es que anoche la vi —insistió Burdon —. La conocía bastante bien; en más de una ocasión había ido a limpiar el jardín de la casa. Si, en esto, al menos. Bess tiene razón: la señora Neagle era muy buena. Nunca me dio alcohol, desde luego, aunque tampoco me vino con consejos estúpidos. Y me pagaba muy generosamente…

—Lo cual te venía a ti de perillas para comprar *whisky* —dijo Bess cáusticamente.

—Deja mis aficiones en paz; yo no me meto con las tuyas. ¿Me he preocupado alguna vez de las visitas que te hace Jim Lester cuando todo el mundo duerme en este maldito poblacho?

La cara de la tabernera se puso roja. El color llegó incluso al nacimiento del busto más que exuberante.

—¡Eso que dices es una calumnia, Randy! —gritó Bess.

—Sí, sí, calumnia…

Smith extendió las manos.

—Por favor, dejen de pelearse. Está bien, cada uno tiene sus aficiones y no tiene por qué reprochar las de los demás. A usted, señor Burdon, le gusta una copita de cuando en cuando. La señora Dewey es todavía joven y tiene un aspecto muy atractivo. Pero hablemos ahora de lo que vio usted anoche, amigo Randy.

—Vi a la señora Neagle —insistió Burdon.

—¿Dónde? —preguntó Mavis.

—En su coche, a unos doscientos metros de la casa del doctor White.

—¿Antes o después de que lo mataran? —preguntó Bess.

—Creo que después. Me pareció oír unos tiros…

—¿Seguro que era ella, Randy? —insistió Smith.

Burdon se puso una mano sobre el pecho.

—Lo juro —dijo melodramáticamente.

—Pero si yo la vi en el ataúd… —gritó Bess.

Mavis se puso las manos en las sienes.

—¡Por favor! ¿Está muerta o no está muerta? —gimió.

—Vamos a ver —dijo Smith, conciliador—. De dos personas que conocieron a Bárbara Neagle, una dice que la vio en el ataúd. Otra dice que la vio viva, anoche. Pero ¿qué nos dicen ambos sobre el esposo de Bárbara?

—Se marchó después del entierro y ya no se le ha vuelto a ver más —contestó Bess.

—Eso es cierto —dijo Burdon—. Desde entonces, la casa ha estado cerrada… aunque hace noches yo pasé por allí y me pareció ver luces.

—Es incomprensible —murmuró Mavis—. Joshua no ha reclamado la herencia que le correspondía…

—¿Qué herencia? ¿Sabemos acaso si le quedaba ya dinero a su hermana? —exclamó Smith.

—¿La mató para heredarla? —preguntó Bess—. El doctor White no dijo que se tratase de un asesinato…

—Apolo, si esto sigue así, yo me volveré loca —clamó la muchacha.

—Por favor, tenga calma —rogó Smith—. Ya no podemos hablar con el doctor White.

—Las personas que tienen seis trozos de plomo en el cuerpo no pueden hablar —dijo Burdon irónicamente.

—¿Se sabe quién es el asesino?

—Yo ya he dado mi opinión, pero, si me descuido, me encierran.

—Bien, oigamos esa opinión, Randy.

Burdon miró de reojo a Mavis.

—Lo siento por usted, señorita, pero creo que fue su hermana —manifestó.

—Maldito borracho, los muertos no matan a nadie —exclamó Bess, iracunda.

—Barril de sebo —rezongó Burdon.

—¡Apolo, basta ya! —gritó Mavis, al borde de un ataque de nervios.

—Se lo ruego, sean sensatos —pidió el joven—. La señorita Glenville hace mucho tiempo que no sabía nada de su hermana. Ella creía que Bárbara fue asesinada. Por eso hemos venido aquí.

—Que yo sepa, el doctor White dijo que era muerte natural, aunque no llegué a entender bien la enfermedad. Lo dijo en esos términos médicos que sólo ellos entienden… El doctor era un poco

pedante, muy creído de sus conocimientos; buen médico, pero poco simpático, no sé si ustedes me entienden.

—La entendemos perfectamente, señora Dewey —dijo Smith—. Bien, el señor Neagle desapareció tras la muerte de su esposa… pero ¿dónde vivían?

—Si quieren, yo puedo acompañarles —se ofreció Burdon.

—Es una buena idea, creo. ¿Mavis?

—Sí, de acuerdo —contestó la muchacha.

Y caminó hacia la puerta, acompañada de Burdon. Smith se rezagó un poco, para abonar el gasto.

Cuando Bess devolvía el cambio, él le guiñó un ojo:

—La verdad, siento mucha envidia de Jim Lester —dijo.

La tabernera se esponjó. Pero esta vez no se puso colorada. Todo lo contrario: hizo otro guiño.

—Jim Lester no tiene ninguna exclusiva sobre mí —dijo en voz baja.

Smith se dirigió hacia la puerta. *Caramba, qué mujer tan ardiente*, pensó.

Mavis y Burdon ya estaban en el coche.

—Siga recto hasta que yo le indique, señor Smith —dijo.

—Está bien.

A dos kilómetros de la aldea, Burdon señaló un camino lateral, que ascendía serpenteando entre las colinas boscosas. Un cuarto de hora más tarde, avistaron la casa, medio oculta entre los árboles de la cumbre.

—Ahí vivían el señor y la señora Neagle —dijo Burdon—. Por favor, pare, yo no quiero seguir más adelante.

—¿Qué le pasa, Randy? —se extrañó Smith.

—Tengo miedo.

CAPÍTULO IV

Era una respuesta escueta, pero también intrigante.

Smith asomó la cabeza por la ventanilla, una vez que Burdon se hubo apeado del coche.

—Antes dijo que hace algunas noches había pasado por aquí. No tuvo miedo en pasar cerca de la casa en la oscuridad y lo tiene ahora, en pleno día.

—Una cosa es pasar cerca de la casa y otra entrar en ella. Adiós.

Burdon escapó casi a la carrera. Smith se sintió perplejo.

—Pero ¿qué diablos le pasa a ese estúpido? —Gruñó.

—Apolo, ¿no cree que algo averiguaremos si no nos quedamos quietos? —contestó Mavis.

—Tiene usted razón.

El coche arrancó de nuevo. Mientras se acercaban a la casa, Smith dijo:

—Mavis, yo no soy detective, pero creo que hay algunas cosas que debería hacer. O, por lo menos, encargar que las hagan en su nombre.

—Sí, dígame, Apolo.

—Primero, averiguar el nombre del propietario de esta casa. Segundo, saber qué se ha hecho del dinero de Bárbara… Aunque sea indiscreción, ¿era una suma importante?

—Rozaba los trescientos mil —contestó ella.

—No está mal. ¿Sabe cuánto gané yo el mes pasado?

—Qué sé yo…

—Novecientos. Pero tengo terminado un cuadro y me ofrecen cuatro mil, aunque el comprador no se ha decidido todavía.

—Apolo, yo sufragaré los gastos —dijo Mavis.

—No los míos, claro; esto me costará muy poco.

Smith paró el coche. Ya habían llegado.

Desde el suelo, contempló la casa, recia, de sólida piedra, con planta y primer piso, más el ático que había bajo el tejado de aguda pendiente. Una casa antigua, indudablemente, aunque de siniestro aspecto, dado el estilo de su construcción.

El jardín estaba muy descuidado. La maleza crecía por todas partes.

Para llegar a la puerta era preciso usar una escalera de seis peldaños, flanqueada en el último por dos columnas de madera, que sostenían una marquesina, en la que se apreciaban algunos agujeros. El estado de la casa no parecía demasiado bueno.

Había una cadenita para llamar. Smith asió la anilla, tiró… ¡y se quedó con la cadena en la mano!

—Use el llamador —indicó Mavis.

Smith contempló el llamador, una pieza de hierro forjado, en figura de dragón, enorme, pesado.

—Con tal de que la casa no se venga abajo —murmuró, mientras alzaba el pesado trozo de hierro.

El golpe retumbó con sonoros ecos en el interior de la casa. La puerta, de pronto, empezó a girar por sí sola, con gran lentitud, mientras gañían estremecedoramente sus bisagras oxidadas.

Mavis sintió un escalofrío.

—La verdad es que ahora comprendo a Randy cuando dijo que tenía miedo —murmuró.

Smith se volvió hacia ella.

—¿Usted también lo tiene?

—Pues… no me siento muy segura, pero si ésta es la casa en que vivía mi hermana…

—Resulta curioso. Usted se preocupa ahora mucho por Bárbara, pero no había estado nunca a visitarla, según parece.

—Yo detestaba a Joshua. Nunca le pude tragar. Por eso no quise venir a visitarles, aunque hasta que recibí su última carta, no sabía que vivían en Hyland Village.

—Mavis, ¿cuántos años tiene usted?

—Oiga, eso es una indiscreción…

—Dígalo cuando vaya a cumplir los cuarenta. De momento, todavía le faltan muchos y… con esa carita, y esa figura, no necesita callar su edad.

—Bueno, tongo veintitrés —respondió ella.

—¿Y cuántos tenía Bárbara?

—Treinta y uno. Acababa de cumplirlos pocos días antes de escribirme su última carta. Precisamente yo le había felicitado por su cumpleaños, pero ella no debió recibir mi carta. La verdad es que yo se la había dirigido a su último domicilio.

—Así que treinta y un años, ¿eh? De modo que usted se cree con derecho para aconsejar a una persona ocho años mayor que usted, acerca del hombre que le conviene para esposo; pero como es de suponer que se casaron mucho antes, la incongruencia resulta mayor todavía. ¿Comprende usted lo que le quiero decir?

—Sí —contestó Mavis de mala gana—. Se casaron cuando yo tenía dieciocho. Pero mi cuñado nunca me gustó…

—A veces, pasan esas cosas. En todo caso, Joshua le gustaba a ella, recuérdelo. Si usted se hubiese enamorado de un hombre, le habrían sabido muy mal los consejos de Bárbara en sentido negativo, me parece.

—Ese caso no se ha dado todavía, Apolo.

—¡Qué maravilla! Veintitrés años, una cara de *Madonna* ¡Y todavía soltera! Es usted una alhaja, Mavis.

—Apolo, ¿hemos venido aquí para hablar de estupideces? —se sulfuró la muchacha.

—Si llama estupidez a elogiar su belleza…

—Es verdad, olvidaba que es usted pintor.

De pronto, Mavis penetró en la casa. Dio unos cuantos pasos, pero, de repente, algo falló bajo su pie derecho.

Al mismo tiempo, sintió un fuerte golpe en el final de la espalda. Tras recobrar el equilibrio, perdido parcialmente a causa del tambaleo, se volvió furiosísima hacia su acompañante.

—¡Sinvergüenza! Me ha dejado entrar la primera para… para pegarme un cachete en… ¡La verdad es que no me esperaba semejante cosa de usted, monstruo de lujuria!

Ante su sorpresa, Smith se echó a reír. Avanzó un par de pasos y pisó una de las tablas del pavimento.

La tabla rechinó y se elevó hasta ponerse casi vertical.

—Esto es lo que le ha apegado en… ahí —explicó, maliciosamente.

Mavis se puso colorada.

—¡Oh! Lo siento, Apolo, lo siento muchísimo. No he podido

contenerme, se lo aseguro; debí haber pensado que es usted un hombre incapaz de… de…

—Bueno, bueno, déjese de disculpas. ¿Le duele?

—No, no ha sido nada —contestó ella, todavía muy avergonzada.

Smith miraba a su alrededor. El abandono de la casa era patente. Los muebles, aunque en buen estado, se hallaban cubiertos de polvo. Las cortinas parecían ajadas y algunos de los vidrios estaban rotos.

—Dice usted que recibió la carta hará unos seis meses —murmuró el joven.

—Sí, aproximadamente.

—¿La conserva?

—No. La tiré.

—¿Qué le decía Bárbara?

—Sencillamente, que estaba bien y que no me preocupase por ella.

—Y ya no ha vuelto a tener noticias suyas.

—No.

Smith se decidió a emprender la ascensión al piso superior. Durante unos minutos, recorrió todas las habitaciones, encontrándolas absolutamente vacías.

En los armarios encontró unas cuantas prendas de ropa, indudablemente desechadas. Los cajones de las consolas aparecían vacíos.

El ático ofrecía igualmente una desoladora apariencia de soledad. Un par de sillones viejos, una caja de embalaje que se caía a pedazos…

De repente, oyó un terrible grito en el piso bajo.

Smith giró sobre sus talones y se lanzó hacia la escalera, cuyos peldaños pisó de cuatro en cuatro. Al llegar al salón, vio a la muchacha en pie, con la mano extendida hacia una de las puertas.

—¡Allí, allí…!

Smith se dio cuenta de que Mavis parecía a punto de caer en el histerismo.

—Cálmese —dijo—. Por favor, repórtese…

El cuerpo de la muchacha temblaba de pies a cabeza. Smith la sacudió fuertemente un par de veces, hasta que Mavis empezó a

recobrarse.

—Hable, ¿qué le ha pasado? —preguntó él.

—Esa puerta… Empezó a abrirse sola… Algo chilló al otro lado y yo me asusté horriblemente…

—Bien, quédese aquí. Iré a ver qué hay tras esa puerta.

La puerta estaba situada al fondo del salón. Smith caminó hacia ella.

Mavis se situó a su lado.

—No, no me deje… —pidió, a la vez que le agarraba nerviosamente por uno de sus brazos.

Llegaron junto a la puerta, que aparecía entreabierta. De pronto, Smith oyó un ruido, extraño, que le puso los pelos de punta.

—A… ahí ha… hay algo… ho… horrible… —tartamudeó Mavis.

Smith hizo un gesto con la mano.

—Vamos, apártese —dijo en voz baja.

Ella obedeció. Smith alargó la mano y abrió bruscamente.

Un enorme gato gruñó encolerizado, como si quisiera defender el cuerpo de la rata que tenía entre los dientes. En el fondo de aquel armario empotrado, los ojos del felino brillaban de un modo espectral.

—Mire, Mavis —dijo él.

Ella asomó la cabeza.

—¡Un gato! —exclamó.

—Dándose el gran banquete, por lo cual será mejor que le dejemos en paz. Ande, venga conmigo.

* * *

—Me dio un susto horrible —confesó la muchacha, una vez fuera de la casa.

—Lo comprendo —sonrió Smith.

—Aquel chillido…

—La rata no era pequeña y se defendió desesperadamente. En la pelea, empujaron la puerta, que no estaba cerrada por completo. Eso es lo que usted vio primeramente. Luego el otro ruido… Bien, los gatos tienen unas mandíbulas más fuertes de lo que parece al morder, rompía algunos huesecillos de su presa. ¿Satisfecha de la explicación?

—Sí, ahora parece todo completamente lógico.

—De cualquier manera, yo también me impresioné muchísimo cuando oí el ruidito de los huesos triturados. Pero no tiene nada de particular que haya ratas en una casa abandonada. Y los gatos, sobre todo en los pueblos pequeños, se van mucho al campo, con el fin de cazar y aumentar su dieta.

Mavis se volvió de pronto y contempló el edificio.

—Una casa abandonada —murmuró—. ¿Cómo podía mi hermana vivir aquí?

Smith se encogió de hombros.

—Los gustos de la gente son ilimitados —contestó—. Y Bárbara estaba, enamorada de su esposo, no lo olvide.

Ella apretó los labios.

—Aquí murió y debe de estar enterrada en el cementerio —dijo —. ¿Sabe que es algo que no hemos discutido todavía?

—Cierto —convino él—. Ni siquiera sabemos el lugar donde enterraron a Bárbara, si es que la enterraron.

—¿Va a creer al borrachín de Burdon?

—*In vino veritas*. Por si no lo sabía, es latín y significa…

—Sé lo que significa. He estudiado Literatura antigua y Filosofía. Pero la verdad no está siempre en el vino, Apolo.

—Un borracho está un poco loco y, ya sabe, los chicos y los locos, dicen la verdad.

—¡Paparruchadas! ¡Refranes! ¡Bárbara está muerta!

Mavis abrió la portezuela del coche y miró al joven con los ojos relampagueantes.

—Haré que abran su sepultura y así podremos saber cuál de los dos tiene razón —añadió.

Smith se puso las manos en el pecho.

—Yo soy neutral. La disputa está entre usted y Randy —contestó.

—¿Va a creer más a Randy que a mí?

—Mavis, a usted la conocí ayer. Hoy he visto a Randy por primera vez. La diferencia de tiempo no es tanta.

Ella se mordió los labios.

—Perdóneme —suplicó—. Estoy muy excitada y, a veces, digo las cosas sin pensar.

Todos podemos tener razón en este caso, aunque es preciso, creo, averiguar de un modo absolutamente seguro a cuál pertenece

esa razón.

—O, dicho en otras palabras, saber si Bárbara está o no muerta.

—Exactamente.

Smith dio el contacto y emprendieron el regreso. Anochecía ya.

—Tendremos que quedamos a dormir en el pueblo —dijo.

Mavis asintió en silencio. De pronto, Smith vio algo que llamó poderosamente su atención.

Refrenó la marcha del vehículo.

—Es curioso. Yo pasé hace tres noches por este lugar —dijo.

—¿Cómo? —se sorprendió la muchacha.

—Salí de excursión con una amiga. El tiempo se nos pasó y regresamos muy tarde. Aquí mismo tuve una avería en el coche y me vi obligado a detenerme para repararla. Nada de importancia, por fortuna.

—Una avería, ¿eh? —dijo ella con sorna—. Y, además, de noche.

—Le aseguro que fue una avería auténtica. Y aunque hubiera querido aprovecharme de la situación, no habría conseguido nada.

—La chica era lista, Apolo.

—No, dijo que había visto un fantasma. Yo recorrí el cementerio y no pude ver nada de particular.

Smith se estremeció.

—Un cementerio, a medianoche y con luz de luna —añadió—. ¿Ha hecho usted la prueba, Mavis?

—Dios me libre —exclamó ella—. ¿Usted se atrevió…?

—Quería tranquilizar a la chica. Por otra parte, ¿a quién iba a temer? Los muertos duermen tranquilos, Mavis.

—Una bonita frase. ¿Seguimos?

—Sí, claro.

Minutos después, llegaban a Hyland Village.

La conmoción por el asesinato del doctor White no se había disipado todavía. Había tres tabernas en la población y las tres estaban repletas de clientes que comentaban excitadamente lo sucedido.

Smith y la muchacha fueron a ver a la señora Dewey, aunque tuvieron que esperar un poco a que la tabernera atendiese a la clientela. Al fin, Bess, rebosante de satisfacción, se acercó a la pareja.

—Hoy tengo un trabajo ímprobo —manifestó—. ¿Desean algo de

beber?

—Pues… un trago no nos sentaría mal —dijo Smith—. Pero también nos gustaría que nos dijese dónde encontrar alojamiento para esta noche.

—En mi casa —respondió Bess orgullosamente—. Tengo varias habitaciones, muy bien amuebladas, para huéspedes distinguidos, como ustedes.

—Gracias, señora…

—Dos habitaciones, supongo, señor Smith.

Bess dijo la frase con cierto retintín que no pasó desapercibido al joven.

—Desde luego, señora Dewey —contestó.

—Y usted, mañana, nos indicará el lugar donde fue enterrada mi hermana —intervino Mavis.

—Con muchísimo gusto, señorita Glenville.

CAPÍTULO V

Estaba profundamente dormido, cuando, de repente, oyó el leve gañido de una tabla. Inmediatamente se sentó en la cama. Una voz siseó:

—Pssstt… No haga ruido. Soy yo.

A Smith se le cayó la mandíbula en el acto.

—Señora Dewey —dijo.

—Puede llamarme Bess —indicó ella en la oscuridad.

La cama se ladeó un poco. *Cielos, vaya peso pesado*, se dijo Smith.

—Jim Lester no tiene la exclusiva —repitió ella una frase pronunciada la víspera.

—Pe… pero… señora Dewey… Yo… —El joven tragó saliva. Lo que menos se le había ocurrido era pensar en una visita nocturna de la volcánica tabernera—. Bueno, tengo novia…

—Yo no iré a decírselo —contestó ella con una risita.

Se había sentado en el borde de la cama y se deslizó un poco hacia arriba.

—Bueno, no pienso defenderme —añadió.

Algo de luz lunar entraba por la ventana. Smith pudo ver que Bess estaba ataviada con un camisón de tela muy fina, debajo del cual, seguramente, no llevaba nada más.

Bess alargó el hociquito.

—¿No te atreves, precioso?

—Es que yo… Verá, Bess, la verdad es que estaba despierto. No podía dormir —mintió el joven descaradamente—. La muerte de la señora Neagle me tenía desvelado…

—¿Por qué? Era una buena muchacha, pero enfermó, murió y la enterraron.

—¿De verdad, Bess?

—De verdad, Smith. ¿Cómo te llamas? Aún no sé tu nombre…

—Apolo —dijo él, maquinalmente—. Bess, ¿estuvo usted en el entierro de Bárbara?

—Claro. Y le llevé flores también, lo dije ayer por la tarde —contestó ella, impaciente—. Pero, eso, ¿qué nos importa ahora? La noche se ha hecho para…

—Sí, sí, lo sé, pero debes esperar un poco. Al menos, quítame las preocupaciones para que yo… yo corresponda cómo debo.

—Está bien —dijo Bess, resignada—. ¿Qué más quieres saber?

—Eso, lo del entierro. En algunos sitios es costumbre abrir el ataúd por última vez antes de colocarlo en la sepultura.

—Sí, pero yo llegué tarde.

—Entonces, ¿no la viste muerta?

—No, querido…

—¿Sabes si la vieron otros?

—Hombre, el doctor White, por supuesto.

—Pero también está muerto.

—Claro, después de seis balazos —rió la ardiente tabernera—. Apolo, querido…

—Espera un momento. ¿Quiénes estaban en el cementerio aquel día?

—Bueno, el reverendo Morlaid, los dos sepultureros, el esposo… No recuerdo bien del todo… ¡Apolo, amor mío!

De súbito, Bess se arrojó hacia el joven y se abrazó a él desesperadamente.

Smith, sorprendido, cayó de espaldas. Bess buscaba su boca con verdadera ansia.

Cielos, esta mujer me va a atropellar pensó el joven, que no sabía cómo librarse del acoso de la volcánica mujer.

De repente, se oyó un terrible grito en la calle.

Era un alarido espeluznante, un sonido que no tenía comparación con ninguno que Smith hubiera oído antes, el aullido de una persona sumida en una absoluta desesperación.

Bess, sorprendida también, flaqueó en sus ataques y cedió un poco, lo justo para que Smith rodase al lado opuesto de la cama y pudiera saltar al suelo.

Corrió hacia la ventana. La persona que aullaba como una bestia agonizante era una mujer.

Smith pudo verla claramente, pese a que las luces del alumbrado

público eran más bien escasas. Ella corría como una loca, con la mano derecha en un trozo de tela que cubría su esbelto cuerpo y que era la única prenda que llevaba.

El brazo izquierdo se alzaba desesperadamente al cielo, sin mano, agitando un muñón que despedía chorros de sangre a gran distancia, en aquellos demenciales vaivenes. De pronto, las fuerzas de la Joven fallaron.

Cayó por tierra. Su brazo izquierdo, amputado a unos diez centímetros de la muñeca, se agitó un poco todavía.

Sus gritos se hicieron más débiles. Ahora eran gemidos apenas audibles.

Fascinado por aquel horror, Smith permanecía junto a la ventana, rígido como una estatua.

La joven dejó de moverse. Del muñón de su brazo salía la sangre, ahora lentamente y manchaba el suelo asfaltado, corriendo en un rojo reguero hasta el imbornal de una cercana alcantarilla.

* * *

Al cabo de unos segundos, Smith abandonó su puesto de observación y corrió a ponerse una bata. Entonces se dio cuenta de que Bess ya no estaba en el dormitorio.

—Menos mal —gruñó.

Salió al pasillo, anudándose el cordón de la bata. Mavis aparecía en aquellos momentos.

—Apolo… —dijo la muchacha, con la cara tan blanca como el papel.

—Sí he visto y he oído —declaró él—. Pero no salga, vuélvase a su habitación.

—Tengo que bajar a la calle —exclamó Mavis—. Quiero comprobar una cosa.

Smith comprendió que no podía oponerse a la voluntad de la muchacha. Descendieron a la carrera y abrieron la puerta de la planta baja.

La gente acudía de muchos sitios. Dos o tres hombres llevaban linternas eléctricas.

Sonaban gritos de horror. Una mujer se desmayó.

La muerta yacía de bruces. Su cuerpo aparecía sin ningún velo, ya que el trapo con que se había cubierto estaba ahora bajo ella.

Smith hizo acopio de valor y se arrodilló junto a la muerta. Con infinita delicadeza, la volvió boca arriba, procurando taparla con aquel trapo que ya estaba casi completamente rojo.

El rostro de una muchacha de poco más de veinte años, rubia, de facciones delicadas, apareció ante los ojos de todos los presentes.

—¿Alguno de ustedes la conoce? —preguntó Smith.

Las respuestas fueron negativas.

—¿Mavis?

—No, no la he visto jamás.

—Por favor, que alguien traiga una manta —dijo el joven—. ¿No hay aquí un juez, un representante de la ley…?

Un hombre grueso, apoplético, apareció de pronto, abrochándose los botones de la camisa.

—Soy el alguacil Hooker —se presentó—. ¡Santo Cielo! —exclamó al ver el cadáver.

—Sí, es una invocación muy apropiada en las presentes circunstancias —convino el joven—. ¿Conoce usted a esta mujer, señor Hooker?

—Jamás la había visto antes de ahora —contestó el representante de la ley enfáticamente—. Poro ¿de dónde diablos ha salido? ¿Quién le ha cortado la mano izquierda?

—Eso es algo que queda de su cuenta, alguacil —respondió Smith. Asió el brazo de la muchacha y tiró de ella—. Vamos —dijo.

De pronto, Mavis se abrazó al joven.

—Apolo, ¿qué cosas tan horribles están pasando en este pueblo? —murmuró, llena de congoja.

—No lo sé, aunque sí me parece conveniente darle un consejo, Mavis.

—Dígame, por favor…

—Vaya mañana, es decir, luego, al cementerio, lleve unas flores a la tumba de su hermana y luego regrese a su casa. Que es lo que yo pienso hacer, por supuesto.

—Pero ¿dónde está Joshua Neagle?

—Mavis, otro consejo: vaya a la policía y cuénteles todo lo ocurrido. Ellos sabrán lo que debe hacer y no le costará un solo centavo.

Mavis hipó un par de veces.

—Sí, será lo mejor —concordó—. Pero esa pobre chica…

—Procure olvidarse de ella. No sabemos quién es, ni de dónde venía, ni quién le cortó la mano… Lo mejor es que procure dormir.

Entraron en la taberna. Bess se había puesto una bata sobre su camisón.

—Lleve una taza de té a la señorita, por favor —pidió Smith.

—Sí, ahora mismo.

Mavis inició la ascensión al primer piso. Smith quedó unos instantes a solas con la tabernera.

Abrió los brazos un poco, como diciendo que la culpa no había sido suya. Bess le sacó la lengua en son de burla y luego se marchó hacia la cocina, con gran contoneo de caderas.

Ahora debería yo buscar un alfiler y pincharle más abajo de la cintura. Pero creo que no me atrevería, porque… si se desinflase…, pensó el joven, divertido y avergonzado a un tiempo.

Al día siguiente, por la tarde, emprendieron el regreso.

—Es cierto, dos personas, al menos, vieron a mi hermana en el ataúd —dijo Mavis.

—Los sepultureros.

—Sí. He hablado con uno de ellos esta mañana. Incluso me acompañó hasta la sepultura. No pude hacer otra cosa que rezar una oración y dejar unas flores.

—Si todavía tiene dudas, vaya a la policía —insistió él.

Mavis calló. Por su parte, Smith estaba dispuesto a olvidar aquellas tétricas horas pasadas en una siniestra aldea, a la que no pensaba volver en los días de su vida.

Se equivocaba.

* * *

La joven suspiró y puso los ojos en blanco.

—¡Mmm…! Eres maravilloso, Apolo.

—Psé, un hombre como todos los demás…

—Nadie besa como tú, querido.

—Lo cual significa que has besado a muchos, Lizzy. Ella no contestó. Estaba colgada del cuello de Smith y buscó nuevamente sus labios.

De pronto, llamaron a la puerta.

La chica soltó una maldición poco acorde con su dulce apariencia.

—En el mejor momento…

Smith la empujó hacia el estrado.

—Aprisa —dijo en voz baja.

Una bata de seda negra, con flores bordadas, cayó al suelo. Lizzy Ayres quedó en el estrado, erguida, con la cabellera cayendo a lo largo de su desnuda espalda y un jarrón sujeto con el brazo y el costado izquierdos.

El timbre sonó de nuevo. Smith abrió la puerta de su estudio de pintor.

—¡Caramba! —dijo.

—¿Qué tal, Apolo?

Mavis sonreía desde el umbral. De pronto, vio a la modelo.

—Ya me extrañaba que tardases tanto en abrir, Apolo —dijo.

—Perdona, Mavis, pero estaba enfrascado en mi tarea…

Ella entró en el estudio y vio la bata caída en medio. Caminando con parsimonia, subió al estrado y contempló unos instantes a la modelo.

—Apolo, apostaría algo a que aquí ha sucedido algo parecido a lo del chiste. El pintor, cansado, se toma un descanso, y su modelo se pone la bata unos momentos. De pronto, llaman a la puerta. El pintor, alarmado, dice: *Pronto, desnúdese, viene mi esposa*.

—Es un chiste viejísimo y sin gracia —rezongó el joven.

De pronto, Mavis movió la mano derecha. Se oyó un fuerte chasquido.

La modelo gritó, saltó y abrió el brazo izquierdo. El jarrón cayó al suelo y se hizo mil pedazos.

—Vamos, lárguese, pájara —dijo Mavis desenvueltamente—. El señor Smith y yo tenemos que hablar.

Lizzy miró al pintor desde el otro lado del biombo.

—Cuando quieras una modelo, Damas a esa idiota —dijo, rabiosa—. Pero lo más probable es que tenga rollos en la cintura y caídas las caderas, por no mencionar otras regiones anatómicas.

Miró a Mavis y sonrió malignamente.

—A lo mejor, lo que hay bajo la blusa es sólo relleno —añadió.

Mavis no se inmutó.

—Si cree que con eso voy a quitármela, para recrear la vista de este sátiro, que se dice pintor, está muy equivocada —contestó fríamente.

Lizzy salió a los pocos minutos, taconeando con gran estrépito. El portazo hizo retemblar los muros.

Después del estruendo, sobrevino el silencio. Smith miraba furiosamente a la muchacha.

—No me mire así —protestó Mavis—. He venido a verle, porque tengo algo que decirle y creo que le va a interesar.

—De usted no me interesa…

Mientras hablaba, Mavis había abierto el bolso, del que sacó un papel amarillo. El bolso pendía por la correa de su hombro, lo que le permitió poner el papel delante de los ojos del pintor.

Atónito, Smith leyó el telegrama:

HE VISTO A SU HERMANA.
SALUDOS AFECTUOSOS,
R. BURDON.

CAPÍTULO VI

—Randy ha vuelto a beber —dijo el joven, irritado.

—Pero ¿es que no se toma una pausa jamás? —contestó Mavis —. Alguna vez tiene que estar sereno, creo.

—Bien, admitámoslo. Pero ¿por qué he de enterarme de algo que no me importa? —Apolo, es usted un egoísta feroz. ¿Después de lo que pasamos juntos, todavía tiene el valor de decir que este asunto no le importa?

—Mavis, el detective vive abajo, en el

E-5.

Y yo sólo soy un pintor, entiéndalo de una vez.

—Lo sé. He estado a ver al detective.

—Y, claro, se ha negado…

—Nada de eso. Alvin Smith es el cúmulo de la desgracia reiterativa.

—¿Cómo? —se asombró el joven.

—Estuvimos en Hyland Village hace tres meses. Bueno, Smith se curó de la fractura de su tibia. Pero hace una semana se rompió el brazo derecho, por tres sitios.

Smith abrió la boca.

—Eso sí que es mala pata… Mal brazo, claro —sonrió—. Pero, Mavis, compréndalo bien, yo…

Ella abrió el bolso de nuevo. Sacó una foto y se la ensoñó.

—¿La reconoce? —preguntó.

—Si —contestó Smith, sin salir de su estupefacción.

—Es la chica de la mano amputada. Se llamaba Cindy Potter y vivía en Encino, California. —Pero ¿cómo diablos vino a parar aquí?

—No lo sé, pero esto es algo que he averiguado por mí misma. Y le aseguro que yo creo en Randy. ¡Mi hermana vive, Apolo!

—Un momento —pidió él—. Si no recuerdo mal, hablamos de un testamento…

—No ha aparecido por ninguna parte.

—¿Qué hay de la fortuna de Bárbara?

—Ésa sí se ha esfumado, lo mismo que el ladrón y asesino de su esposo, cuyo paradero resulta desconocido por completo.

Smith se pasó una mano por la cara.

—Tendré que dejar de pintar, aunque me da miedo volver a Hyland —dijo.

—¿Por… la tabernera? —preguntó ella, maliciosa.

—Aquello era un tanque y yo no tenía un lanzagranadas a mano. No puede usted darse una idea de la acometividad…

—Apolo, no me venga con detalles escabrosos. Pero yo creí que le gustaban a usted más jóvenes y finitas.

—Le juro que…

Mavis le empujó hacia la puerta.

—Vamos, estamos perdiendo el tiempo —exclamó—. Además, soy muy magnánima y sé perdonar.

—Que yo sepa, no le he causado a usted ningún daño —dijo él, mientras se quitaba la blusa de pintor—. Oiga, si vamos a ir a Hyland Village, necesito algo de ropa. Tendremos que ir antes a mi casa…

—Está bien, vamos allá. Hasta ahora, esto que ha dicho es lo único razonable —observó ella punzante— mente.

—Sí, sobre todo, pensando que no he hecho el menor comentario personal sobre usted.

Mavis contuvo una sonrisa. Luego salieron del estudio y descendieron a la calle. Al cruzar la acera, Smith se dio cuenta de que Mavis abría la portezuela de un coche deportivo europeo, de línea muy osada y detonante color rojo.

Silbó.

—Ese caprichito no le ha salido por una docena de dólares —dijo.

—Siempre me gustó, pero hasta ahora no había podido permitírmelo —contestó ella, a la vez que hacía girar la llave de contacto.

—Bueno, tenía algún dinero…

—Pero no tanto como para derrocharlo en un automóvil de esta

clase. Lo que sucede es que hace cinco o seis semanas, murió un hermano de mi difunto padre. Bárbara y yo éramos sus únicas parientes y nos dejó su fortuna, a partes iguales. Cuatrocientos mil para cada una, limpios de polvo y paja.

—De impuestos.

—Sí. Yo he cobrado ahora mi parte, pero es necesario que se averigüe de manera fehaciente que mi hermana está muerta.

—Mavis, muchas personas vieron enterrar a Bárbara. Hay un certificado médico de defunción inapelable, hay…

—Hay un hombre que la ha visto viva —exclamó ella con tal acento de resolución, que Smith no se atrevió a contradecirla.

Minutos después, llegaban a la casa. Smith empezó inmediatamente a preparar el equipaje.

De pronto, sonó el teléfono.

—¡Yo atenderé! —dijo Mavis.

—¡No espero llamadas de ninguna chica! —gritó él desde el dormitorio.

Mavis levantó el aparato.

—Residencia del señor Smith —dijo enfáticamente—. ¿Qué desean?

—Señora, soy la señorita Wood, secretaría del señor Smith, detective privado. El señor Smith ruega al señor Smith, pintor, vaya a visitarle cuanto antes al Davidson Hospital, para un asunto de sumo interés y gran urgencia. ¿Puedo conocer la respuesta del señor Smith?

—Espere un momento, señorita Wood.

Mavis tapó la bocina del aparato con una mano.

—Apolo, el detective Smith quiere que vayas cuanto antes al hospital —le tuteó inconscientemente—. Me lo ha pedido su secretaria y… ¿qué le contesto? Desconcertado, Smith se asomó a la puerta del dormitorio.

—Al menos, tenemos que pasar por delante cuando vayamos a Hyland —dijo.

Ella asintió. Luego destapó el teléfono.

—Está bien, señorita. Comunique a su jefe que el señor Smith, pintor, irá a verle muy pronto.

—Gracias. Perdón, señora, ¿es usted el ama de llaves del señor Smith?

—No, señorita Wood; soy su concubina.

Mavis oyó un gritito sofocado y se echó a reír, mientras colgaba el teléfono. Luego volvió la cabeza.

Smith la miraba desde el dormitorio, con cara de reproche.

—Eres el mismísimo diablo —murmuró.

—He dado la respuesta que esa estúpida quería escuchar —dijo ella con todo desparpajo.

* * *

El detective Smith era un hombre gordo, medio calvo, con aspecto de granjero al que hubiese atropellado una de sus mulas, pero, en realidad, era uno de los mejores cerebros de la ciudad. En su cama del hospital recibió a la pareja, haciendo muecas y quejándose casi continuamente de la lesión sufrida una semana antes.

—Estoy de mala suerte —dijo, tras los primeros saludos—. Si esto sigue así, tendré que dedicarme a consejero de jardinería… Bueno, al grano, señor Smith. ¿Ve ese sobre que hay sobre la mesilla?

—Sí —contestó el joven.

—Ábralo. Saque las fotografías que hay dentro, por favor.

Smith lo hizo así. Las fotografías eran cuatro, todas ellas de mujeres jóvenes y muy hermosas.

Una de ellas, para su sorpresa, era Cindy Potter.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Esas cuatro chicas han desaparecido y no se sabe nada de ellas. Hace ya algún tiempo que mis hombres estaban reuniendo datos sobre este asunto, aunque debo confesar que no hemos conseguido nada al respecto. Pero hay un detalle común a todas: en alguna ocasión, viajaron a Hyland Village.

—Una de ellas sí estuvo allí —admitió Smith sombríamente.

—Por eso desearía que usted investigase algo, amigo Apolo.

El joven respingó.

—Pero…

—Hace ya algún tiempo que esta encantadora muchacha que tiene al lado vino a verme para este mismo asunto. Eso fue antes de que me rompiera el maldito brazo. ¿Lo comprende ahora?

Smith miró de reojo a la Joven.

—Apolo, le Juro que yo no sabía nada de esto —dijo Mavis.

—Ella sólo me habló de su hermana y de la señorita Potter. Al iniciar yo mis investigaciones, descubrí que habían desaparecido tres chicas más. Ahí están sus fotografías. En el sobre encontrará usted sus datos personales, junto con declaraciones de sus familias y detalles de interés. También encontrará mil dólares en billetes, para los gastos que estime necesarios. Cuando termine sus investigaciones, pasaremos cuentas. —Pero, por todos los… Yo soy pintor…

—Y ahora viaja a Hyland con *miss* Glenville, ¿no?

—Sí, con esta chica trapacera y liosa que tengo al lado.

—Apolo, insisto en que yo ignoraba que el señor Smith iba a pedirte que le ayudaras —dijo ella.

—Está bien —se resignó el joven—. Supongo que no tengo otro remedio que decir sí. Alvin Smith le tendió la mano sana.

—Buena suerte, colega —dijo, sonriente.

* * *

—De todas las cosas que me podían ocurrir, ésta es la más disparatada y absurda —dijo Smith, mientras el coche rodaba hacia Hyland Village.

—Ah, ¿lo encuentras disparatado y absurdo?

—Y no rectifico una sola letra, Mavis.

—¿Por qué? De todos modos, ibas a venir conmigo. Además, te han dado mil dólares. No te puedes quejar, me parece a mí.

—Si me quitas el derecho a quejarme, ¿qué me queda?

Mavis sonrió maliciosamente, mientras guiaba el coche.

—A ti lo que te duele es que te haya arrancado de esa vida de molicie y disipación que tanto te gusta. Hoy una mujer, mañana otra… ¿Qué les das, Apolo? ¿Tienes algún atractivo especial?

—Me buscan —gruñó él.

—Y eso que eres pobre y no tienes fama. ¿Qué sería si fueses rico y famoso?

—Entonces, tendría una docena de secretarios para espantarlas.

—Apolo, voy a decirte una cosa. No me casaré contigo. Tienes vocación de polígamo.

—Hay vocaciones mucho peores —dijo él mordazmente—. De todas formas, mientras llega el momento de que tomes esa decisión,

deberías hacer algo positivo.

—¿Por ejemplo?

—Hoy me has dicho que heredaste cuatrocientos mil dólares de un tío tuyo.

—Sí.

—A tu hermana le correspondería otro tanto.

—Claro.

—Lo cual significa que alguien puede presentarse un día en el despacho de tu abogado y reclamar esa herencia.

—Sí.

—Hay dos posibilidades, nena. Primera: Bárbara vive y se presenta y reclama su herencia.

—¿Segunda…?

—El que se presenta es su viudo. Tiene todos los derechos, Mavis.

—Es verdad, no se me había ocurrido.

—Joshua debe heredar a su esposa. A menos que haya alguna disposición especial en el testamento…

—No la hay. Mi tío otorgó testamento hace muchos años. Fue un simpático solterón y no tenía otros parientes que su hermano, su cuñada y nosotras. Ahora sólo quedo yo —suspiró la muchacha.

—Suponiendo que Bárbara esté realmente viva.

—¿Es alguna fantasía el telegrama de Randy Burdon?

De pronto, Smith vio que se acercaban a una estación de servicio.

—Supongo que llevas en el bolso una agenda con las direcciones de personas y teléfonos correspondientes —dijo.

—Sí, claro.

—En tal caso, para ahí y llama a tu abogado para prevenirle sobre el particular. ¿No se te había ocurrido hacerlo, Mavis?

—Apolo, yo no soy detective —contestó ella.

—¿Y yo?

—Lo estás haciendo como un profesional —rió la joven, mientras movía el volante hacia su derecha.

El automóvil quedó detenido ante un poste de gasolina.

—Llena el depósito, Apolo —dijo Mavis, a la vez que abría la portezuela.

Con el bolso en la mano, Mavis se dirigió hacia la cafetería,

donde encontraría una cabina telefónica. Smith quedó junto al coche. Luego lo apartó y esperó en la barra de la misma cafetería.

Mavis vino algunos minutos más tarde. Estaba terriblemente pálida.

—¿Qué sucede? —se alarmó él.

—Bárbara… Estuvo hace una semana… Cobró la herencia…

Smith tuvo que sostener por un brazo a la muchacha. Mavis estaba a punto de desmayarse.

Había pedido dos tazas de café, pero ahora solicitó que añadiesen unas gotas de *brandy* en la de Mavis. Ella se recobró algo, después de unos sorbos.

—¿No hay posibilidad de error? —preguntó él, momentos más tarde.

—Ninguna —contestó Mavis—. El abogado nos conoció perfectamente a las dos. Vio a Bárbara, la reconoció y le entregó todos los documentos, junto con un cheque por cuatrocientos mil dólares, en cifras redondas.

CAPÍTULO VII

En Hyland Village había un hotel, en el cual se alojaron, por indicación de Smith, a quien no le interesaba ser acosado por una volcánica tabernera. Mavis estaba todavía muy impresionada cuando se metió en su habitación, para asearse un poco y cambiarse de ropa.

El hotel, aunque pequeño, estaba bien acondicionado.

Desde su habitación, Smith hizo algunas llamadas telefónicas. No se podía decir, pensó luego, que hubiese adelantado gran cosa. Pero tampoco quería quedarse mano sobre mano, a la espera de los acontecimientos.

Si podía, se adelantarla a ellos.

Al terminar, salió de su habitación y llamó con los nudillos a la puerta de la de Mavis.

—Estoy abajo, en recepción —indicó a través de la madera.

—Muy bien, enseguida termino —contestó ella.

El conserje del hotel se extrañó muchísimo de la petición de su cliente.

—¿Ha dicho Burdon, señor?

—Sí, eso mismo —confirmó el joven secamente.

—Bien, si tanto interés tiene en hablar con ese borrachín… Randy vive en una casucha situada al final de la calle Austin. Le recomiendo se ponga una mascarilla antiséptica; el olor a alcohol es insoportable.

—Gracias por su consejo, amigo.

Mavis bajó en aquel momento. La muchacha vestía ahora blusa y pantalones. El pelo, peinado de una forma severa, estaba recogido en la nuca por una cinta de color negro. Su rostro, observó Smith con secreta complacencia, estaba limpio de maquillaje, salvo un leve toque de sombra en los párpados. Pero así aparecía todavía

más atractiva.

—Estoy lista, Apolo —dijo.

Smith consultó la hora.

—No sé si Randy estará en casa o emborrachándose en alguna taberna, pero creo que convendría fuésemos primero a ver si está en su propia casa.

—Muy bien.

Salieron a la calle del hotel. Un poco más adelante, encontraron la entrada de la calle Austin, perpendicular a la calle Mayor.

Siguieron la dirección Sur. Doscientos metros más adelante, vieron una casa solitaria, de pésima apariencia.

—Ahí es —dijo el joven.

Llamó a la puerta, que parecía ir a deshacerse en pedazos de un momento a otro. Puesto que nadie abría, la empujó con la mano.

Era ya de noche y en el interior de la casa había una oscuridad total. Smith tuvo que encender un fósforo para dar con el interruptor de la luz.

De pronto, sonó un gemido quejumbroso.

Mavis se pegó estrechamente al joven.

—Apolo…

—Calla —dijo él.

Había una puerta a pocos pasos de distancia. Smith la empujó y vio a Burdon tendido sobre un camastro.

El dormitorio olía espantosamente a *whisky* barato.

—Se ha emborrachado una vez más —dijo Mavis, furiosa.

Burdon abrió los ojos y les miró turbiamente.

—Hola, Randy —dijo Smith.

La mano de Burdon se movió débilmente.

—Acérquese… ella vive… yo la he visto…

Smith frunció el ceño.

—¿Dónde? —preguntó.

—Wentham House…

De pronto, todo el cuerpo de Burdon se convulsionó de una manera espantosa. Mavis sintió un frío terrible en la espalda.

—Randy —llamó Smith.

Pero Burdon no le contestó. Había quedado quieto, con la vista fija en el techo y la boca abierta.

Un hilo de baba espesa y repugnante brotaba por una de las

comisuras de la boca. De pronto, Smith comprendió la verdad.

—Mavis, Randy ha muerto… y puede que asesinado —dijo.

* * *

El jefe Hooker se sentía terriblemente atribulado.

—Otro asesinato… Pero si Randy no había hecho jamás daño a nadie. Claro que no se puede decir que fuese un sujeto recomendable… pero me parece que eso solo no es motivo para matar a nadie…

—Ahora hay médico en Hyland, ¿no? —dijo Smith.

—Sí, el doctor Hobson. Es joven y emprendedor…

Smith señaló las botellas que había en el dormitorio, en donde Burdon yacía bajo una manta.

—Haga que las analicen. Alguna de esas botellas contiene veneno —apuntó—. También convendría que hiciera la autopsia del cadáver.

—Y aún hay más —intervino Mavis.

El gordo Hooker se volvió para mirar a la muchacha.

—¿Señorita?

—Voy a solicitar, en debida forma, un permiso de exhumación. Burdon me telegrafió diciendo que había visto viva a mi hermana, la señora Neagle…

—¡Eso es imposible! —protestó Hooker—. Yo fui a dar el pésame al señor Neagle.

—¿La vio enterrar?

—No, pero…

—Jefe, hace una semana, mi hermana estuvo en el despacho de nuestro abogado de San Francisco. Había una herencia pendiente y el abogado, que la conocía perfectamente, le entregó todos los documentos, más el importe de la herencia.

—¡Jesús! —dijo Hooker—. Entonces, si la señora Neagle no fue enterrada en el cementerio, ¿quién ocupó su lugar?

—Eso es lo que convendría averiguar, ¿no cree? —dijo Smith.

Hooker movió la cabeza pesadamente.

—Sí, desde luego… Mañana hablaremos con el juez…

—Gracias, jefe. ¿Vamos, Apolo?

—Sí, Mavis.

—Oiga, no me dejen solo… —exclamó Hooker con voz

temblorosa.

Smith le dirigió una sonrisa.

—Usted es un policía valeroso —dijo—. ¿Va a tener miedo de un muerto?

Los dos jóvenes emprendieron el regreso al hotel.

En el camino se encontraron con algunas personas que acudían a casa de Burdon, atraídos por la noticia.

—Apolo, me acuerdo de algo que dijo Burdon antes de morir —exclamó de repente la muchacha.

—¿Sí?

—Wentham House. ¿Dónde está eso? Tendremos que averiguarlo…

Smith sonrió.

—Es la casa donde hace tiempo residieron los señores Neagle —contestó—. Y, a decir verdad, me gustaría hacer una excursión allí.

—Mañana —dijo Mavis.

—Yo iré esta noche —afirmó él.

—Es usted un hombre detestable. Va a obligarme a que vaya con usted…

—Quédese en el hotel.

—No podría, Apolo. Me comería la impaciencia… y casi pasaría más miedo en mi habitación que allí, en la casa de mi hermana.

—En tal caso, procure concentrarse en la cena. A los dos nos hace falta restaurar nuestras fuerzas —aconsejó Smith sensatamente.

* * *

Habían pasado ya las diez de la noche, cuando el automóvil se detuvo en las inmediaciones de la casa. Al apagar las luces, Mavis sintió un ligero escalofrío.

—Eso parece más siniestro que nunca —musitó.

Smith se apeó del vehículo.

—Burdon dijo que vio a su hermana aquí —recordó—. Lo malo es que no indicó el lugar exacto.

—¿Tiene eso alguna importancia?

—Sí. ¿La vio fuera, dentro, en alguna sala, en un dormitorio, en el ático? Eso nos habría dado alguna pista, ¿no le parece?

—Bien, pero puesto que no se ve por el exterior, creo que

debiéramos entrar a ver qué encontramos.

Smith empujó a la muchacha con una mano. Llegaban ya al rellano de la escalera exterior cuando, de pronto, se oyó un terrible crujido.

—¡Atrás, atrás! —gritó el joven.

Los dos saltaron al mismo tiempo, apenas un segundo antes de que la pequeña marquesina que protegía la puerta se derrumbase con tremendo estrépito.

Smith se había provisto de una potente linterna y alumbró el lugar. La plataforma de la escalera, hecha en madera, había cedido en su mayor parte. Una de las columnas se sostenía todavía. La otra se había roto en varios pedazos.

Smith apreció la madera carcomida, casi podrida. El suelo había quedado ahora cubierto de astillas y fragmentos de pizarra.

—Nos hemos librado por un pelo —dijo.

—Yo me he llevado un susto tremendo —confesó Mavis—. Si no me doy prisa en saltar…

De pronto, Smith apreció algo que llamó poderosamente su atención.

—Mavis, mira.

Ella se le acercó. Al hallarse en el suelo del jardín, quedaban con el pecho a la altura de la plataforma que acababa de hundirse.

—¿Qué sucede, Apolo? —preguntó.

—Fíjate —indicó él—. Las columnas que sostenían la marquesina eran de madera torneada. Su estado era pésimo, aunque no tan malo como para ceder precisamente cuando nosotros nos disponíamos a entrar en la casa.

—¿Cómo?

—Alguien debilitó intencionadamente el soporte de la columna de la izquierda, la más afectada por la carcoma y la podredumbre. Mira, aquí hay señales relativamente recientes de una sierra. Este lado tenía que ceder apenas sufriera un peso superior al que soportaba actualmente.

Mavis tenía los ojos muy abiertos.

—Entonces… ¿han querido matarnos? —dijo, aterrada.

—Al menos, no quieren curiosos.

—¿Quiénes, Apolo?

—Los que viven en esta casa, claro.

—¡Pero si está deshabitada!

—Burdon vio a tu hermana. Lo dijo ya hace tres meses. Es más, incluso sostenía la teoría de que Bárbara mató al doctor White. Pero no le hicimos demasiado caso entonces, cosa de la cual debemos arrepentimos Ahora, porque ya no nos dirá, por ejemplo, en qué fundaba su teoría sobre el asesinato del médico y cómo era el único que sostenía la existencia de Bárbara, cuando todos dicen que murió y fue enterrada.

—Ahora ya no era el único, Apolo —le recordó ella—. Nuestro abogado también la vio.

—Sí, pero el pobre Randy tuvo la virtud de ser el primero. En fin, ¿te atreves a entrar?

Mavis dudó un momento.

—Sí, para eso hemos venido aquí —dijo al fin, resuelta.

Smith consiguió trepar hasta la parte de la plataforma situada junto a la puerta y que no había sido destruida por el hundimiento. La puerta estaba abierta; le bastó empujarla con una mano, para que girase hacia dentro.

—La vez anterior se abrió sola —murmuró la joven.

—Entonces nos lo pareció. Pero yo había golpeado con el llamador y, como no estaba cerrada, giró a los golpes —explicó Smith.

Entraron en la casa. El aspecto no había variado absolutamente desde la ocasión anterior, salvo para una mayor acumulación de polvo.

Por segunda vez, recorrieron el edificio, sin encontrar nada interesante. De pronto, cuando ya se disponían a salir, oyeron un feroz maullido.

Un gato cruzó velozmente por delante de ellos, persiguiendo a una rata. El felino maulló furiosamente y la rata emitió unos chillidos que parecían de burla, al haber conseguido burlar la persecución de su secular enemigo.

Luego, el gato se enfrentó con la pareja y volvió a maullar, como protestando de su presencia en la casa.

—Está muy enfadado, porque le hemos estropeado la cena con nuestra inoportuna presencia —dijo Smith.

—Vaya, cualquiera diría que conoces el lenguaje de los gatos.

—¿No ha leído usted el libro del profesor Von Katonnen?

Incluye un disco con los principales sonidos de un gato, en diversas situaciones de su vida: amor, amistad, dolor, furia, protestas, quejas… El libro y el disco son muy interesantes, créame.

El gato se había marchado, con la cola orgullosamente erguida. Mavis dijo:

—Nunca había oído hablar del profesor Von Katonnen.

—Yo tampoco —contestó él, muy serio.

Mavis se echó a reír.

—Vamos, vamos —dijo.

Salieron de la casa. Smith comprendió que los nervios de la muchacha se habían relajado un tanto.

Al volver al coche, miró hacia el edificio.

Había algo raro en aquella casa que parecía ir a desmoronarse de un momento a otro. Lo malo era que no se sentía capaz de encontrar el detalle que, esperaba, le permitiese averiguar el enigma por cuya solución tanto interés sentía ahora.

Bárbara Neagle… ¿estaba viva? ¿Había sido realmente sepultada?

CAPÍTULO VIII

Smith llamó a la puerta y abrió al no obtener contestación.

—¡Mavis!

—Estoy en el baño —gritó ella.

—Bien, te aguardo —contestó el joven, a la vez que se ponía un cigarrillo entre los labios.

Mavis salió minutos más tarde, envuelta en una bata de felpa y con una toalla en torno a la cabeza.

—Me siento extrañadísima —dijo.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Pensé que te asomarías al baño…

—¿Para ver a una chica bonita sumergida en espuma? Tú me tienes en muy mal concepto, Mavis.

—Sí, sí… —dijo ella con soma—. Me acuerdo de cierta modelo…

—Eso es distinto. Pero tendrás que pagar las consecuencias de lo que le hiciste a aquella pobre chica.

—Oh, tendré que indemnizarla. Bueno, fija tú mismo la cifra y pagaré —contestó Mavis displicentemente.

—No se trata de dinero, sino de orgullo herido. Ella ya no querrá posar más para mí y el cuadro apenas había sido empezado.

—Busca otra modelo. No es difícil, ¿verdad?

—Ya la tengo, Mavis.

Ella se había situado frente al espejo.

—¿Tiene buen tipo?

—Maravilloso.

—Entonces, te felicito. ¿Cómo piensas titular el cuadro?

—*Desnudo con ánfora*. ¿Te gusta?

—Está bien.

—Lo celebro, Mavis, tienes una figura muy parecida a la de

aquella modelo.

Ella le miró a través del espejo.

—Apolo Smith, ¿estás insinuándome que yo he de ser tu modelo para ese cuadro?

—Sí.

—¡Ni hablar! ¡Olvídalo! ¿Cómo se te ocurre pensar siquiera que yo podría posar… sin una sola prenda de ropa…?

Smith sonrió maliciosamente.

—Todo llegará —dijo.

Mavis apretó los labios.

—Puede que llegue y puede que no, pero, mientras tanto, no quiero darte el placer de un *strip-tease* al revés. Quiero decir que te largues, mientras me visto.

—Muy bien, te aguardo abajo, en el vestíbulo. Y no te entretengas mucho o llegaremos tarde.

—¿Adónde, Apolo?

—Al cementerio.

Mavis se puso seria.

—Vamos a abrir la sepultura de mi hermana —dijo.

—Justamente. Mientras tú disfrutabas de tu baño de espumas, yo iba de un lado para otro, buscando y requiriendo a la gente precisa para realizar esa operación.

De pronto, Mavis echó a correr y le besó en una mejilla.

—Eres mucho mejor de lo que me pensaba —dijo, ruborizada.

Smith sonrió.

—Cuando me conozcas a fondo, aún te pareceré mejor —aseguró.

* * *

El juez local, el jefe Hooker y el doctor Hobson, contemplaban el trabajo de los dos sepultureros, que extraían la tierra de la tumba con sendas palas. Smith guardaba silencio. A su lado, Mavis, ataviada con un severo vestido de color gris oscuro, se mordía los labios, mientras hacía evidentes esfuerzos para mantener la serenidad.

La pala tocó al fin madera. Los sepultureros empezaron a limpiar de tierra la tapa de ataúd.

—Abran —ordenó el juez momentos más tarde.

Fue preciso hacer saltar las cerraduras. Smith se inclinó ansiosamente. En la mano derecha tenía un pañuelo empapado de agua de colonia. Mavis le había imitado momentos antes.

Las bisagras de la tapa rechinaron. De repente, se oyó un grito unánime.

—Dios mío —musitó Smith.

—Increíble —dijo Hooker.

El doctor Hobson no parecía menos asombrado.

—¿Cómo es posible que este cadáver se conserve tan bien, después de nueve meses de fallecimiento?

Mavis se tambaleó. Smith la sostuvo con un brazo.

Bárbara Neagle parecía dormida, aunque sus facciones tenían un tono cerúleo Inconfundible. Pero no había en ella el menor síntoma de putrefacción.

El juez se dirigió a Mavis.

—Señorita Glenville, ¿identifica usted este cadáver como el de su hermana, la señora Bárbara Neagle, Glenville de soltera? —preguntó solemnemente.

—Sí —contestó la muchacha con voz apagada.

—Está bien. Queda establecido sin lugar a dudas que la señora Neagle murió y que éste es su cadáver. ¡Cubran el ataúd!

—Un momento, por favor —pidió Smith.

El juez se volvió para mirarle.

—¿Qué sucede ahora? —inquirió con no demasiada simpatía.

—Permítame, señor juez… Mavis, apártate, te lo ruego.

La muchacha obedeció, yéndose a unos cuantos metros de la tumba. Smith descendió al fondo.

Bárbara yacía en el ataúd, cubierta con un paño de terciopelo negro, que llegaba hasta los hombros. Smith apartó el paño.

Hobson lanzó una exclamación. Hooker se apartó presuroso, con un pañuelo en la boca.

—Pero ¿quién diablos ha mutilado ese cadáver? —se encolerizó el juez.

Mavis oyó aquellas palabras y emitió un agudo grito:

—¡Apolo! ¿Qué sucede?

Smith tapó de nuevo el cuerpo de la muerta.

—Sigue ahí —ordenó.

Apoyó una mano en el borde de la sepultura y saltó fuera. Luego

se limpió con un pañuelo.

—Jefe Hooker, a usted le corresponde averiguar por qué falta la mano izquierda a ese cadáver —dijo.

Hooker asintió, muy pálido.

—Haré lo que pueda —manifestó.

—Me siento pasmado —confesó el joven doctor Hobson—. ¿Cómo es posible que el cadáver de la señora Neagle se conserve tan bien después de nueve meses de su fallecimiento?

—Doctor, ¿se le ha ocurrido la idea de que tal vez pudo ser embalsamado? —sugirió Smith.

Hobson hizo un gesto de asentimiento.

—Es más que probable —admitió.

Los sepultureros cubrieron el ataúd nuevamente y empezaron a lanzar tierra otra vez al interior de la fosa. Smith se acercó a la muchacha.

Había lágrimas en los ojos de Mavis.

—Lo siento —dijo él.

Con la mano izquierda, sujetaba su brazo. Ella inspiró con fuerza.

—Gracias, Apolo —murmuró—. Me encuentro bien.

—¿Vamos?

—Sí.

Subieron al coche. Smith se encargó de conducirlo.

—Es terrible —murmuró la Joven—. ¿Por qué le cortaron la mano izquierda?

—Joshua está vivo. Cuando le encontremos, podremos saber por qué cometió esa horrible mutilación.

De pronto empezó a pensar en una mente insana, enferma… la mente de un hombre morbosamente enamorado y que había querido conservar en alguna parte un recuerdo de la mujer amada, muerta en la flor de la juventud.

—Guardar la mano de la muerta —murmuró.

Mavis oyó aquellas palabras y se volvió hacia el joven.

—¿Crees que Joshua pudo hacerlo? —exclamó.

—Mavis, tu cuñado era un hombre que realizaba ciertos experimentos, de los cuales no tenemos la menor noticia. Ya ves, pensábamos encontrar un ataúd vacío y Bárbara está allí, mutilada, pero en su sepultura. Y, además, prodigiosamente embalsamada. No

sabemos en absoluto qué cosas horribles hizo, pero tengo la impresión de que ese hombre no está bien de la cabeza.

—Nunca me pareció normal… claro que los científicos están siempre un poco chillados.

—Lo mismo que los artistas —sonrió él. Había que darle ánimos, pensó.

—Tú… eres distinto. Pero hay algo incomprensible, Apolo.

—Dime, Mavis.

—Burdon juraba y perjuraba haber visto viva a mi hermana. De nuestro abogado no se puede dudar; él no habría entregado un cheque de cuatrocientos mil dólares a una impostora. ¿Qué es lo que sucede?

Smith guardó silencio.

—Quizá tenga alguna relación con la pobre Cindy Potter —dijo, pasados unos momentos.

Mavis se estremeció. Todavía recordaba a aquella muchacha, gritando horriblemente, a la vez que agitaba el muñón sangrante.

—Y tres chicas más, también desaparecidas —recordó.

De pronto, cerró los ojos, a la vez que se reclinaba en el asiento.

—Apolo, me están dando ganas de abandonar todo —dijo.

—¿Te sientes desanimada?

—Sí, lo admito. Yo quería solamente saber si Bárbara estaba viva o había muerto. Bueno, ya sé que está muerta. Aquí no tengo nada más que hacer.

—De acuerdo. Cuando volvamos al pueblo, te irás.

—¿Es que tú piensas quedarte?

—Mavis, yo soy pintor, pero, por tu culpa, me he convertido en detective a la Tuerza. Por tanto, debo seguir. No te preocupes por mí; mientras esté aquí, no necesitaré coche. Cuando quiera volver a mi casa, ya alquilaré un taxi.

—Apolo, no me provoques —pidió ella.

—¿Yo? Tú querías saber a ciencia cierta qué había sido de tu hermana. Bueno, la pobre está muerta. Ya no tienes nada que hacer en Hyland.

—Me quedo —dijo Mavis, resuelta.

—Conste que yo no te obligo.

—Eres un zorro, Apolo Smith. Y tienes toda la razón del mundo: después de que te he embarcado en este asunto, no puedo dejarte

solo.

Smith sacó un paquete de cigarrillos.

—Enciende dos —indicó.

Ella obedeció. Después de la primera bocanada de humo, dijo:

—Además, no quiero que vuelvas solo a tu estudio.

—Soy pintor —le recordó él.

—Y necesitas una modelo.

Smith la miró de reojo.

—¿Te atreverías…?

—No sería la primera vez, Apolo.

—¡Caramba, qué chica tan fresca! Tanto protestar y luego se desnuda…

—Delante del médico —sonrió ella.

Smith sonrió también. Ambos necesitaban relajarse un poco.

De pronto, Mavis vio que pasaban por delante de Wentham House.

—Eh, ¿adónde vamos? —exclamó.

—Aguarda un poco —rogó él.

Minutos más tarde, Smith detenía el coche en un punto situado a algunos metros sobre el nivel de la casa, pero a unos trescientos metros, después de una gran curva de la carretera. Cortó el contacto y puso el freno de mano.

Mavis le siguió en el acto. Smith llevaba unos prismáticos, con los cuales estudió la casa durante unos minutos.

—Nada —dijo al cabo.

Ella le quitó los gemelos.

—¿Esperabas encontrar algo a estas horas? —preguntó.

—No sé… El coche queda oculto a una posible observación desde la casa. Éste es un buen lugar para ver sin ser vistos.

—Allí no hay nadie, Apolo —dijo Mavis, pasados algunos minutos.

—Lo sé, pero ¿de dónde salió la pobre Cindy?

—No tengo la menor idea…

—Yo te lo diré: salló de esta casa.

—¡Apolo!

—He hablado con el jefe Hooker, Cindy escapó de alguna parte, eso no cabe duda. Ya le habían amputado la mano, con una excelente técnica quirúrgica, por supuesto. Al escapar,

naturalmente, tenía vendado el muñón. Durante su loca carrera, las vendas empezaron a soltarse. El brazo debía de dolerle horriblemente, como puedes comprender. Algún cabo de la venda se enganchó en unos matorrales cercanos ya al pueblo. Por eso entró en Hyland con el muñón al descubierto.

—¿Te lo ha dicho Hooker?

—Sí. Encontraron los vendajes, pero el rastro de sangre cesaba, lógicamente, a pocos metros. Es decir, el muñón empezó a sangrar poco antes de quedarse definitivamente sin las vendas. Y desde el pueblo a esa casa hay cinco kilómetros.

—¿Pudo recorrer esa distancia, sin caerse antes?

—Caería y se levantaría. El horror la impulsó a seguir, seguir… sin saber que estaba agonizando. Luego, el *shock* y la pérdida de sangre, hicieron el resto en medio de la calle Mayor.

—Pero eso no prueba que Cindy escapase de Wentham House.

—El corto rastro de sangre seguía la dirección de esa casa. No hay pruebas… pero yo apostaría cualquier cosa buena a que tengo razón.

—Entonces, ¿vamos a ir otra vez? —Adivinó ella.

—Sí, a la noche.

—¿Y por qué no ahora, Apolo?

—Hay dos buenas razones para volver al pueblo. Primera: comer, aunque te parezca un motivo muy prosaico. Segunda, un ratito de charla con el doctor Hobson.

—Unas razones muy convincentes, en efecto. ¿Regresamos?

Smith guardó los prismáticos en la funda. Antes de volverse, sin embargo, miró de nuevo hacia la casa.

Estaba deshabitada, pero tenía la sensación de que allí vivía alguien.

¿Quién?

CAPÍTULO IX

—Arsénico —dijo el doctor Hobson.

—¿Seguro? —preguntó Smith.

—Sin lugar a dudas.

—Pero el arsénico se nota…

—No cuando es en pequeñas dosis y mezclado con algún líquido de sabor fuerte, *whisky*, por ejemplo.

—Bueno, por lo poco que yo sé sobre venenos, doctor, para que un hombre muera a causa de envenenamiento por arsénico, se necesita una dosis muy potente. Y creo que Randy lo habría notado…

—Según tengo entendido, llevaba ya tres días sin salir de su casa. Se han encontrado allí seis o siete botellas. En todas ellas había rastros de arsénico.

—Es decir, fue bebiendo, bebiendo…

—Hasta que el veneno obró efecto. Pero, además, es preciso tener en cuenta el estado de alcoholismo crónico de Randy, lo cual, como puede comprenderse, le hacía mucho más vulnerable al tóxico.

—Ya comprendo —murmuró el joven—. Lo malo es que nadie sabe quién puso el arsénico en el *whisky*.

—El que lo hizo sabía que Burdon se sentiría encantado de verse dueño de unas cuantas botellas de licor, que le resultaban gratuitas. Hooker sostiene la teoría de que alguien dejó las botellas en aquella casa, durante alguna de sus ausencias. No olvidemos que, si bien Burdon estaba considerado como un vago, hacía algún trabajo para ganarse unos dólares: arreglar jardines o partir leña o blanquear alguna cerca, aparte de que también cazaba y pescaba para sus propias necesidades.

—Por tanto, alguien que le conocía, fue a la casa y dejó las

botellas con el veneno.

—Exactamente. El asesino confiaba en que Burdon se sintiese muy satisfecho del anónimo obsequio y, además, debía de saber que Randy no comunicaría a nadie su secreto. A fin de cuentas, esas botellas le ahorraban algunos dólares, además del trabajo preciso para ganarlos.

—Un hombre muy astuto, evidentemente —dijo Smith—. Pero ¿cómo es posible que Randy no le llamase a usted cuando se sintió enfermo?

—La respuesta es muy sencilla: vivía solo. Probablemente, el primer día ya despachó una botella, lo cual, como es lógico, infiltró ya una buena dosis de veneno en su organismo. Por la mañana, despertaría enfermo, pero, como todos los de su especie, agarró otra botella y siguió bebiendo. Y así durante tres días.

—Hasta que murió.

Hobson hizo un gesto de asentimiento y juntó las yemas de sus dedos. Smith y Mavis, sentados frente a él, guardaban silencio.

De pronto, Smith se dio cuenta de un detalle.

—Doctor, usted ocupa ahora la casa de su predecesor —dijo.

—Sí, es propiedad del municipio y la otorgan al médico local, junto con el instrumental, medicinas y algunos libros, aparte de los que yo me traje cuando me ofrecieron el puesto.

—Algo de eso me suponía. ¿Se le ocurrió revisar los papeles del doctor White?

—Claro. Debía conocer a sus pacientes habituales —sonrió Hobson.

—Pero ¿encontró algo relativo a un embalsamamiento de la señora Neagle?

—No, nada en absoluto.

—Es curioso. Resultaría interesante conocer los motivos por los cuales alguien consideró conveniente meter seis balas en el cuerpo de White.

—Lo siento, yo no tengo formada ninguna hipótesis sobre el particular —respondió el galeno.

Smith se puso en pie.

—Le agradezco mucho sus informes, doctor —se despidió.

Salieron a la calle. Mavis dirigió una cálida sonrisa a su acompañante.

—¡Bravo! Lo estás haciendo maravillosamente, como un detective de verdad.

Smith se puso una mano en el pecho.

—Te tengo a ti, como musa que me inspiras y me guías por el sendero de la verdad, la virtud y la justicia —declaró con énfasis teatral.

Luego, de pronto, asió a la muchacha por un brazo.

—Debemos conservar el humor —dijo.

Había unas chispas húmedas en los ojos de Mavis.

—Sí, es cierto —concordó—. Por nada del mundo debemos perder el buen humor ni el ánimo.

—De lo segundo vamos a necesitar una buena dosis esta noche —pronosticó el joven.

* * *

Una vez más, Smith detuvo el coche frente a la casa. Saltó al suelo y contempló el edificio, cuya negra silueta destacaba a contraluz. Al otro lado, sobre el tejado, se veía el satélite, brillando como un disco de plata, en un cielo sin una sola nube.

De pronto, sonó un maullido.

Mavis emitió un gritito. Algo acababa de rozarle la pantorrilla derecha.

El maullido se convirtió en un ronroneo. Smith bajó la vista.

—Le gustas —dijo.

El gato frotaba su cabeza amistosamente contra la pierna derecha de Mavis. Ella se inclinó para recogerlo y apretarlo con suavidad contra su pecho.

—Es precioso —dijo.

Pasó la mano por su lomo. El gato seguía ronroneando, muy satisfecho al parecer de las caricias de que era objeto.

—Oye, Apolo, está bastante gordo —observó ella de pronto.

—Bueno, comida no le falta. Aquí, a lo que parece, abundan las ratas.

De pronto, Mavis sintió que se erizaba el vello del felino. El ronroneo se convirtió en un gruñido.

—Suéltalo —ordenó él.

Mavis obedeció. El gato saltó al suelo y partió disparado como un rayo hacia una de las ventanas de la casa, atravesándola por el

hueco dejado por un cristal que faltaba.

Segundos después, oyeron maullidos y chillidos. Luego volvió el silencio.

—Cuando nos vayamos, tratare de llevármelo —dijo Mavis.

—Se ha hecho muy amigo tuyo —sonrió él—. El instinto de los animales falla muy pocas veces.

—Bien —dijo ella—. Ya estamos aquí. ¿Qué hacemos ahora?

Smith contempló la derruida entrada del edificio.

—El instinto me dice que no debemos pasar por esa puerta —murmuró.

—¿Entonces?

—Ven.

El joven se acercó a la ventana por la que había desaparecido el gato. Metió un brazo, soltó el pestillo y alzó el bastidor, cosa que no consiguió sin algún trabajo.

Luego pasó al interior de la casa y se volvió a continuación para ayudar a la muchacha. Encendió la linterna.

La habitación era una especie de sala de recibo, en la que se veían los muebles descuidados y polvorientos. Smith cruzó la estancia y se asomó al vestíbulo.

Todo parecía en orden, como la noche anterior.

—Pero ahora vamos a registrar la casa a fondo, concienzudamente —dijo.

—Por favor, no me dejes sola —pidió Mavis.

—Entonces, pégate a mí y no te separes.

De nuevo, Smith fue recorriendo todas las habitaciones, una por una, y golpeando las paredes con los nudillos, allí donde le parecía podía haber alguna puerta secreta. Con la ayuda de la pata de una silla rota, dio golpes también en el hogar de la chimenea del salón de la planta baja y de otra que había en el piso superior. La luz de la linterna fue proyectada al interior de los cañones de ambas chimeneas, sin que en ninguna de las dos encontrase nada extraño.

Al terminar, Smith dio un fuerte taconazo en el suelo.

—Aquí falta algo —dijo, irritado por el estéril resultado de la búsqueda.

—Yo no echo nada de menos…

—Mavis, ¿en qué clase de edificio como éste no hay un sótano?

La muchacha se sobresaltó.

—Quizá aquí no consideraron necesario su construcción —opinó.

—Tal vez. Aparentemente, con el ático para los trastos viejos es más que suficiente. Pero hubo una época en la que el ático no servía para almacenar muebles en desuso y trastos viejos, sino que se usaba para alojamiento de la servidumbre. Por tanto, se necesita un sótano, sobre todo, teniendo en cuenta que en aquellas épocas no había frigorífico.

—Sí, es cierto, Apolo. De todos modos, no hemos visto ninguna entrada que pueda conducir a ese sótano. Y tampoco hay ventanas a ras del suelo, en el basamento de mampostería en que se apoya la estructura del edificio.

Los ojos de Smith se entrecerraron.

—Eso es algo en lo que no me había fijado hasta ahora —dijo—. Vamos afuera, Mavis.

Ella le siguió en el acto. Para salir, emplearon la misma ventana que les había servido para entrar. Smith no se fiaba de la puerta principal.

Recorrieron todo el perímetro de la casa. Ésta se apoyaba sobre un basamento de piedras, perfectamente ensambladas. No había ni una sola ventana a ras del suelo.

—Tiene que haber un sótano y se llega a él por alguna parte —exclamó Smith, casi furioso—. Aunque ahora no hubiese servidumbre que ocupase el ático, ese sótano era necesario para guardar el carbón, la leña, algunos víveres de fácil conservación, como patatas…

De repente, oyeron un espantoso maullido que les puso los pelos de punta.

—¡El gato! —exclamó Mavis.

El maullido se repitió. Era el sonido propio de un felino sometido a una terrible amenaza, pero también dispuesto a defenderse con las armas propias de la especie.

El gato se hizo visible en aquel instante, asomando por la esquina próxima, opuesta a la de la pared en la que se hallaba la puerta principal. Tenía todos los pelos erizados por completo, la cola erguida y el lomo arqueado.

El animal emitió un largo maullido y retrocedió otro poco. De pronto impulsivamente, Smith echó a correr.

—¡No me dejes sola, Apolo! —clamó la muchacha.

Pero el joven no le hizo el menor caso. El gato, bufando sonoramente, escapó de la mujer que, de un modo inesperado, apareció ante los ojos de Smith.

* * *

Ella era muy hermosa y vestía una especie de camisón blanco, que le llegaba hasta los pies. El camisón era de tela fina, pero fuerte, y su pelo estaba suelto por la espalda.

Los ojos de la bella desconocida estaban vidriados, pero ella respiraba normalmente. A Smith le pareció que la joven se hallaba bajo el influjo de una droga narcótica.

Mavis llegó en aquel momento. Un grito horroroso escapó de sus labios:

—¡Bárbara!

Smith se sobresaltó terriblemente. Ahora, de repente, reconocía a la Joven. Sí, era Bárbara, la hermana de Mavis… ¿pero no la habían visto el día anterior en su propia sepultura?

La joven, sin embargo, no dio muestras de reconocer a Mavis.

—Bárbara, soy yo, tu hermana…

Smith frunció el ceño. Allí ocurría algo raro, se dijo.

Bárbara permanecía inmóvil, como hipnotizada, con los brazos caídos a lo largo de los costados. De pronto, Mavis se abalanzó sobre ella.

—Soy yo, Mavis, tu hermana… —Asió los brazos de la Joven y la sacudió con fuerza—. ¡Despierta, despierta, Bárbara!

Entonces ocurrió algo horrible. La mano izquierda de la Joven se desprendió repentinamente y cayó al suelo, mientras la sangre brotaba a chorros del muñón.

Mavis retrocedió, lanzando un alarido. Bárbara rodó por el suelo.

Smith, aturdido, permaneció unos segundos inmóvil, sin saber qué hacer. De pronto, reaccionó, diciéndose que era preciso contener la hemorragia.

Dejó el farol en el suelo, se arrodilló y se soltó la corbata a tirones.

—¡Mavis! ¡Corre, ve al pueblo y tráete al médico! ¡Pronto o ella morirá desangrada!

La corbata actuó como un torniquete y la efusión de sangre se contuvo en buena parte. Mavis, al fin, dominó el pánico que sentía y corrió hacia el coche.

Smith, arrodillado junto a la joven, evitó mirar el muñón amputado, atento únicamente a evitar la hemorragia. Se preguntó cómo era posible que las sacudidas que Mavis había propinado a su hermana, nada fuertes por otra parte, hubiesen causado el desprendimiento de la mano.

Sujetando el torniquete con una mano, puso la otra sobre el pecho de Bárbara. Aún respiraba todavía.

El médico vendría pronto; seguramente traería plasma, con lo que haría subir la presión sanguínea. Después, Bárbara sería llevada a un hospital, en donde la someterían a los dudados necesarios para salvar su vida.

De repente, oyó un agudo chillido en las inmediaciones.

Volvió la cabeza. Unos ojos diminutos fosforescían en la oscuridad.

Más ojos luminosos aparecieron en el mismo sitio. Smith, aterrado, vio la irrupción de aquella bandada de ratas, hambrientas al parecer, cuyas intenciones saltaban a la vista.

La mano de Bárbara yacía a unos pasos de distancia. Una de las ratas, la más osada, sin duda, se acercó lentamente. Miraba al hombre, pero, al mismo tiempo, olisqueaba el miembro amputado, como regodeándose con el banquete que le aguardaba.

Un agudo maullido sonó en las inmediaciones. Las ratas, asustadas, por la presencia de su ancestral enemigo, desaparecieron en el acto.

Smith respiró, aliviado. El gato volvió a maullar.

Pero ahora era un maullido furiosísimo, más que los que había emitido antes, al ver a Bárbara. De repente, antes de que el joven pudiera formularse una hipótesis sobre los motivos de su actitud, sintió un terrible golpe en la cabeza.

El golpe se repitió. Smith notó un lancinante dolor, que le traspasaba el cerebro. Luego, de súbito, todo se hizo negro a su alrededor.

CAPÍTULO X

Cuando despertó, la cabeza le dolía aún.

Abrió los ojos, pero no consiguió el foco correcto de visión, por lo que volvió a cerrarlos. Una voz sonó a pocos pasos:

—Ya se recupera, aunque habrán de pasar algunos días antes de que pueda levantarse. Por el momento, tiene que seguir en cama, evitando todos los movimientos.

Algo le pinchó en un brazo. Smith supuso que se trataba de una aguja de inyecciones.

—Ahora le conviene dormir —dijo la misma voz—. Y, créame, señorita; considero como una especie de prodigio el que ese hombre esté vivo.

—Gracias, doctor.

El sueño volvió a hacerle pesados los párpados. Antes de dormirse, Smith supo, sin embargo, que se hallaba en una cama. ¿Por qué?

Pasaron dos días.

Smith tenía la cabeza vendada, aunque ya podía estar medio sentado en la cama. Mavis vino con un tazón de sopa a media mañana.

—Tienes mejor aspecto —sonrió la muchacha.

—Lo celebro, porque así podremos hablar. Tienes que decirme qué es lo que me ha traído aquí.

—Un trozo del alero de la casa. Te cayó sobre la cabeza.

—¿Seguro?

—Lo encontramos junto a tu cuerpo. Ha sido un milagro que no murieses.

Smith sorbió un poco de caldo.

—¿Qué fue de Bárbara? —preguntó.

Mavis se sentó en una silla y puso las manos sobre el regazo.

—Ya no estaba cuando llegamos allí —contestó, abatida.

—¿Quién te acompañó?

—Hooker y el doctor Hobson. Se mostraron muy correctos conmigo, pero pensaron que yo estaba loca. Apolo, en aquel lugar no había el menor rastro de mi hermana.

—¿De veras?

—No, en absoluto.

—¿Ni siquiera una gota de sangre?

—Nada. El suelo estaba completamente limpio. Lo único que encontramos fue el gato, a tu lado, como si cuidase de ti. Y el trozo de alero, por supuesto.

—Mavis, a mí no me cayó encima un pedazo del tejado. Quisieron matarme.

—Eso es lo que yo creo. Lo he dicho, pero no me hacen caso.

—Fueron dos golpes. Si el trozo de alero me hubiese caído en la cabeza, yo habría sentido un solo golpe. El primero no me hizo perder el conocimiento instantáneamente. Me dejó muy aturdido, eso sí, pero conservaba la consciencia. Ahora bien, el que atacó, aprovechó ese aturdimiento para golpear por segunda vez. Y a conciencia, te lo aseguro. —Apolo, ¿por qué no se cercioró de que estabas muerto?

—Primero, tenía que retirar a Bárbara de allí y limpiar bien el suelo, y tenía que hacerlo antes de que volvieras con el médico y alguien más. Segundo, creyó que me había *cascado* bien y ya no se preocupó más de mí.

—Sí, parece lógico. Pero ahora tú y yo sabemos que Bárbara está en aquella casa y que el pobre Randy no vio visiones.

—Sin embargo, no nos creen. —Smith dejó el tazón vacío sobre la mesilla de noche—. Mavis, he estado pensando en una cosa.

—Dime, Apolo.

—El gato. Contigo se mostró afectuosísimo. ¿Por qué Bárbara le repelía tanto? Los animales domésticos suelen ser muy sensibles al trato que les dan sus amos. Vistas las cosas ahora, parece como si en aquellos momentos Bárbara hubiere querido llamarle, para hacerle caricias, pero el gato, en lugar de acercarse amistosamente, retrocedía bufando.

—Es un gato salvaje, abandonado…

—Mavis, no sé por qué, pero tengo la impresión de que la clave

está en ese gato. Y quiero confirmar esos presentimientos.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—No sabemos nada de lo que hacía tu hermana en aquella casa, salvo que todos la apreciaban mucho. Menos el gato, que a ti te demostró tanto afecto.

—Sí, es verdad.

—Por tanto, ahora saldrás del hotel y empezarás a hacer preguntas a la gente, empezando por la señora Dewey.

—La tabernera apasionada —sonrió Mavis.

—Sí. Háblale del gato… ¿Comprendes lo que quiero decirte? Tal vez ella sepa o conozca detalles que nosotros ignoramos, aparte de que, si no me equivoco, alguien iría a ayudar a Bárbara en las faenas de la casa.

Mavis se puso en pie vivamente.

—Tienes razón —dijo—. ¿Por qué no se nos habrá ocurrido antes?

—Querida, no somos detectives —contestó él filosóficamente.

Ella le miró desde la puerta.

—Habría pocos profesionales que pudieran ganarte —dijo.

Smith se quedó solo y cerró los ojos. El gato, ahí estaba la clave, pensó, una vez más.

El gato era una llave… pero ¿dónde estaba la cerradura correspondiente?

* * *

De pronto, llamaron a la puerta.

Asombrado, Smith se dio cuenta de que se había quedado dormido.

—Pase —dijo.

Un hombre entró en la estancia y se quitó el sombrero, lo que permitió ver un cráneo casi desprovisto de pelo.

—¿Cómo está, señor Smith? —saludó, sonriendo amistosamente.

El joven le miró con curiosidad.

—Bien, dentro de lo que cabe, claro —contestó.

—Permítame que me presente —manifestó el visitante—. Lewis Farndale, detective privado.

Sacó la billetera y enseñó sus credenciales al herido. Smith movió una mano.

—Siéntese, señor Farndale —invitó.

—Gracias. En primer lugar, déjeme que le exprese mi sentimiento por el accidente que sufrió…

—No fue accidente, aunque esto no importa ahora. ¿Qué sucede?

—Verá, hace ya bastante tiempo, desapareció una muchacha llamada Katie Vandervries, de una familia muy rica y de elevada posición social. En vista de que Katie no aparecía por ninguna parte, ni viva ni muerta, sus padres me encomendaron la investigación. Querían saber qué había sido de la hija, a cualquier precio y sin importarles el tiempo que pudiera emplear en la investigación.

—Lógico, aunque no sé qué tengo yo que ver con ese asunto.

—Permítame. —Farndale alzó una mano—. Sería prolijo de relatar todo lo que hice; este oficio exige mucha paciencia y un continuo acopio de datos, por mínimos que sean, pero, sobre todo, tenacidad. Bien, el caso es que he llegado a saber que un individuo llamado Bertie Vinceton fue asaltado y herido mortalmente de dos disparos, en las inmediaciones de Fowlinson. Los atacantes, al parecer, le dieron por muerto, pero, increíblemente, resistió muchas horas. Incluso pudo ser trasladado al hospital de Fowlinson, en donde, en su delirio, contó una historia que entonces pareció fantástica.

Resumiendo, Vinceton había cortado la mano de una mujer muerta muy recientemente, por lo cual, un tipo llamado Lask, le pagaría veinticinco mil dólares. Vinceton estaba, además de arruinado, desesperado, cosa que he comprobado en conversaciones con quienes le conocieron, y cortó la mano de esa muerta.

—Caramba, sí que es una historia macabra —comentó Smith.

—He conseguido también averiguar los nombres de los que mataron a Vinceton. Se llamaban Brigh y Lacey, y habían asaltado el Banco de Fowlinson, del que se llevaron ciento ochenta mil dólares. En el camino, el coche en que escapaban sufrió una avería. Vinceton acertó a pasar entonces y tuvo que parar. Los forajidos le dispararon y luego se llevaron su coche, para estrellarse horas más tarde, después de saltar por un precipicio. El automóvil ardió… y ladrones y dinero se convirtieron en cenizas.

—Muy interesante. Siga, por favor.

—Los ladrones se llevaron la mano que Vinceton había cortado, pero entre los restos del automóvil no aparecieron más que huesos de cuatro manos.

—Eso puede significar que Vinceton había entregado ya la mano amputada a Lask.

—Sí, seguramente. Pero lo más curioso de todo es que, en su delirio, Vinceton mencionó el cementerio de Hyland Village. ¿Puedo fumar, señor Smith?

El joven asintió. Farndale le ofreció un cigarrillo, pero lo rechazó.

—¿Sabe usted la fecha en que ocurrió todo esto? —preguntó Smith.

Farndale ofreció el dato. Smith se concentró unos instantes.

Nellie, la que no sabía siquiera preparar un bocadillo, una excursión estúpida, una avería en las inmediaciones del cementerio, el fantasma que había visto aquella tonta, la tumba con la tierra blanda…

—Sí, todo concuerda —dijo al cabo.

Y explicó a Farndale lo que le había sucedido aquella noche.

—Pero luego, claro, seguimos nuestro camino —concluyó.

—Es posible que aquella muchacha viese a Vinceton, aunque, dadas las circunstancias, pensó que era un fantasma. Pero ya no me cabe la menor duda de que estoy en la buena pista, para encontrar a Katie Vandervries. O, al menos, conocer su suerte.

—Personalmente, opino que no debe abrigar esperanzas, amigo Farndale. Voy a confesarle una cosa: nosotros también andamos buscando el rastro de cuatro chicas que se han perdido, sin que nadie haya vuelto a saber más de ellas. Salvo una, Cindy Potter, que apareció de repente de la forma más horrible que se pueda imaginar.

—Sí, sé lo que sucedió —contestó el detective—. Oiga, ¿cree usted que Wentham House tiene algo que ver con este asunto?

—No me extrañaría en absoluto. Pero si piensa ir allí, pida permiso antes.

—¿A quién? —se extrañó Farndale.

—La casa perteneció a la señora Neagle, hermana de Mavis Glenville. Quizá a la señorita Glenville no le agrade que vaya usted a husmear allí.

—Bueno, yo diría que estamos embarcados en el mismo bote —rezongó el visitante.

—A pesar de todo, insisto en ello.

De pronto, Farndale sonrió.

—Creo que le comprendo. Lo que usted quiere es estar repuesto, para venir conmigo a aquella casa —dijo.

—Sí, justamente.

—La verdad, no tengo ninguna prisa. Me pagan espléndidamente y, en confianza, yo también pienso lo peor acerca de Katie.

Farndale se puso en pie.

—¿Cuántos días más ha de permanecer en cama? —preguntó.

Smith hizo un gesto ambiguo.

—Dos, tres… El médico tiene la palabra —respondió.

—Muy bien. En ocasiones como ésta, yo uso el remedio apropiado para entretener la espera; un río no lejos del pueblo y una caña de pescar.

Farndale salió de la habitación. Smith empezó a rumiar acerca de todo cuanto había oído al detective.

Pero luego, una vez más, volvió al dato que le obsesionaba; el gato.

* * *

—¿Un gato? Claro que tenía un gato —contestó Bess Dewey—. Ella lo crió con biberón, ya que su madre había muerto y el animal apenas había abierto los ojos. Le llamaba *Solly* y creció el gato más hermoso que he visto en mi vida. A veces, cuando venía al pueblo a hacer sus compras, *Solly* viajaba con ella en el coche.

—¿Qué color era el del gato, señora? —preguntó Mavis.

—Blanco, con manchas rubias, muy simétricas. Una verdadera preciosidad, se lo aseguro.

—¿Lo ha visto después de su muerte?

—No, ya no lo he visto más.

—Gracias, señora Dewey. Ah, una pregunta, por favor.

—Con mucho gusto, señorita.

—Mi hermana vivía en Wentham House… pero la casa es grande. Ella no pudo llevarla sola. ¿Quién la ayudaba en las faenas caseras?

—Emily Calloway. Vive en el número veintinueve de la calle

Masters. Al principio no quería trabajar en Wentham House, alegando la distancia, pero su hermana le compró una bicicleta. Le hubiese comprado también un coche de segunda mano, pero Emily no sabe conducir…

—Mil gracias, señora Dewey.

—Una cosa, señorita —dijo Bess de pronto—. Ya lo había olvidado… Pero usted ha mencionado el gato de su hermana y ahora me ha venido de repente a la memoria. El día que enterramos a la pobre señora Neagle, un gato maulló mucho rato, y muy lastimeramente, aunque no pudimos verlo. Tal vez era el pobre *Solly*, que lloraba la muerte de su ama.

Mavis sintió que se le humedecían los ojos.

—Sí, es posible —convino—. Adiós, señora Dewey.

La muchacha salió a la calle. El vasto pecho de Bess se dilató para llenarse los pulmones de aire y emitir un hondo suspiro.

—Ella se lo llevará —musitó, filosófica, porque comprendía que no podía haber comparación posible entre las dos—. Y yo tendré que contentarme con ese bestia de Jim Lester…

Dos hombres entraron en la taberna y Bess compuso el gesto, a fin de poder sonreír a la clientela, como era su obligación.

Mientras, Mavis se encaminaba a la casa donde vivía la señora Calloway.

CAPÍTULO XI

La mujer era alta, seca, de pecho plano, cabellos grises, nariz ganchuda y labios delgados. Emily Calloway daba el tipo perfecto de la mujer que se le hace antipática a todo el mundo, pensó Mavis.

—Sí, yo iba a hacer las faenas caseras en Wentham House —admitió—. Debo reconocer que la señora Neagle me pagaba bien y que, para mayor comodidad, me obsequió con una bicicleta.

—En tal caso, usted estaba allí cuando murió.

—Sí, efectivamente.

—¿Asistió al entierro?

—Francamente, no me sentí con fuerzas. Así se lo dije al señor Neagle, y él supo comprenderlo. Era un hombre muy bueno, créame.

Mavis se sorprendió de que hubiese alguien que hablara bien de su cuñado, aunque no hizo el menor comentario al respecto.

—Señora Calloway, ¿sabe qué trabajos realizaba el señor Neagle en la casa? —pregunto.

—Oh, no, en absoluto. Él se encerraba en el laboratorio y no permitía la entrada a nadie, ni siquiera a la señora.

—Es comprensible. ¿Dónde tenía mi cuñado el laboratorio?

—En la habitación grande del lado Oeste, junto a la sala. Había un tabique, que la separaba de otro cuartito, y lo hizo derribar, para tener mayor espacio.

—Ahora no hay nada allí…

—Después de que la señora murió, el señor embaló todas las cosas y se marchó.

—¿Seguro?

—Estoy segura, porque yo le ayudé a hacerlo y también a cargarlo en el camión que se llevó todos los trastos.

—Un camión…

—Bueno, un furgón, en realidad, que el propio señor Neagle conducía.

—Es decir, no encomendó el transporte a ninguna agencia.

—No, señorita. Se marchó y ya no le he vuelto a ver.

—Señora Calloway, ¿qué me dice usted de *Solly*?

Emily hizo un gesto de repugnancia.

—Nunca me han gustado los gatos —contestó—. Pero, claro, yo tenía que aguantarme… —Sí, es lógico. Por favor, otra pregunta más. ¿Hay sótano en Wentham House?

—No, señorita.

La respuesta había sido demasiado rápida, muy precipitada, estimó Mavis. Miró a la mujer y vio que había cambiado ligeramente de color.

—Gracias, señora Calloway —se despidió.

Regresó al hotel.

Había un piano en el vestíbulo. Maquinalmente, se acercó, levantó la tapa y pasó los dedos de la mano derecha por las teclas.

Meneó la cabeza, sonrió, cerró la tapa y subió al primer piso.

—Hola —dijo al entrar en el cuarto de Smith.

—He oído un plano, aunque el concertista no era un Rubinstein, precisamente —sonrió el joven.

—Fui yo —contestó Mavis—. Al verlo, se me ocurrió probar cómo estaba de afinado. Puede pasar.

—Vaya, sabes música y todo.

—Hice algunos cursos, pero me cansé. La pianista buena era Bárbara. Ella habría sido una gran concertista, si no hubiese topado con el bruto de su esposo.

Los ojos de Smith se dilataron enormemente. Mavis no dejó de apreciar la expresión de asombro que se reflejaba en el rostro del joven.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo inconveniente? —exclamó.

—Lo que pasa es que lo has dicho demasiado tarde —se quejó él —. Nunca me hablaste de que tu hermana fuese una magnífica pianista.

—Una magnifica pianista… ¿Y qué tiene eso que ver con lo que sucede, Apolo?

Smith levantó la vista al cielo.

—Mavis, ¿qué le pasaría a un pianista si perdiese una mano?

La chica se sobresaltó enormemente.

—Yo… Pero ella murió íntegra… Apolo, eso no tiene relación alguna con lo que le pasó. Jamás se me ocurrió que la tuviese, por eso no te lo dije, aparte de que… la verdad, ni siquiera se me había ocurrido…

—Está bien, está bien —sonrió él—. Dime qué has conseguido y luego yo te contaré cosas muy interesantes.

—Pues… en primer lugar, el gato de mi hermana se llama *Solly* y es el mismo que merodea constantemente por la casa. En segundo lugar, la señora Calloway es una pájara.

—¿Quién es la señora Calloway?

—Oh, la mujer que hacía las faenas caseras en Wentham House.

—Es verdad, no se nos había ocurrido que alguien debía hacer allí trabajos de este tipo. —Smith ladeó la boca—. La verdad, Dios no me ha llamado por este camino, así que, cuando termine, a mis lápices y mis pinceles. Y bien, ¿qué pasa con esa dama?

—De dama, poco o nada, con perdón —respondió Mavis—. Pero no me gusta. El instinto femenino, ¿comprendes? Ya ves, es muy limpia, muy aseada, viste con absoluta corrección, con arreglo a su posición y a sus años, va perfectamente peinada, pero… El pobre Randy era una catástrofe humana y, sin embargo, roe caía bien.

Smith sonrió.

—Son impresiones un tanto subjetivas —dijo—. Pero en concreto no sabes nada de ella.

—No, la señora Dewey no me habló mal de Emily. Es algo que no puedo remediar. Esa mujer me resulta antipática. Y tengo la impresión de que sabe algo más de lo que aparenta.

—En todo caso, será preciso aguardar a que me encuentre bien dentro de un par de días. A propósito, he tenido una visita.

—¿Quién? —preguntó la muchacha, muy interesada.

—Se llama Lewis Farndale y está buscando a una chica cuyo nombre consta en la lista que nos dio Alvin Smith. El nombre de esa muchacha es Katie Vandervries.

Mavis lanzó una exclamación de sorpresa. De pronto, vio un sobre de buen tamaño sobre la mesilla de noche y se acercó a abrirlo.

Había en su interior varias fotografías y sacó una de ellas.

—Ésta es Katie Vandervries… ¡Caramba, si así, al primer golpe

de vista podría decirse que es mi hermana Bárbara!

—Sí —contestó Smith lacónicamente.

* * *

Hyland Village, pese a su reducido tamaño como población, no carecía de ciertas comodidades. El hotel, pequeño y con pocas habitaciones, tenía lujos impensables en otras localidades similares. Uno de esos lujos, además del baño individual, era el teléfono en cada habitación.

Aquella noche sonó el teléfono en el dormitorio de Mavis. La muchacha estaba profundamente dormida y tardó unos momentos en reaccionar. Al fin, alargó la mano y descolgó el aparato.

Una voz sonó inmediatamente en sus oídos:

—¿Señorita Glenville?

—Sí, ¿quién es…?

—Emily. Señorita, tengo algo muy importante que decirle. ¿Podría venir a mi casa?

Mavis, atónita, consultó el reloj.

—¿A estas horas? —se extrañó.

—Se lo ruego.

—Está bien, iré lo antes posible.

Mavis depositó el teléfono en la horquilla, encendió la luz y, bostezando aparatosamente, salió de la cama. Eran las dos de la madrugada. Se pregunta qué cosa importante tenía que decirle la señora Calloway.

Por un instante, pensó en comunicarle la noticia a Smith, pero luego se dijo que le convenía el descanso. Ya se lo diría a la vuelta, decidió, mientras dejaba que el camisón se deslizase hasta sus pies.

Diez minutos más tarde, sobriamente arreglada, salía del hotel. El conserje de noche dormía profundamente en un gran butacón y no se enteró siquiera de que la muchacha pasaba a un par de metros de él.

Mavis caminó rápidamente por las desiertas y silenciosas calles, hasta alcanzar la puerta de la casa de Emily. Tocó con los nudillos y aguardó.

La puerta se abrió a los pocos segundos.

—Pase, señorita.

Mavis, confiada, entró en la casa. Casi en el acto, una mano la

sujetó con fuerza por el talle. Otra puso una compresa húmeda sobre su cara.

La joven forcejeó desesperadamente. Al forcejear, necesitó aire para sus pulmones, pero lo aspiró a través del cloroformo que empapaba la compresa. A los pocos segundos, dejó de moverse.

El hombre la sostuvo en brazos.

—Gracias, Emily —dijo.

La señora Calloway no contestó, pero alargó su mano de forma significativa. El hombre metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un fajo de billetes, del que se apoderó la mujer inmediatamente.

—De todos modos, mañana por la noche no deje de traerme lo que le he encargado. Lo necesito con urgencia, ¿entendido, Emily?

—Sí, señor.

El hombre era robusto y cargó sin dificultad con el inconsciente cuerpo de Mavis. Diez segundos más tarde, se había perdido en las sombras de la noche.

La señora Calloway contó los billetes. Una sonrisa de avaricia se dibujó eh sus labios. Fue a su dormitorio, apartó un cuadro y sacó un ladrillo de la pared.

Había muchos billetes más en aquel hueco. El año próximo, se dijo, haría tirar la casa y construir una nueva.

—Muchas gracias, señor Neagle —dijo, como si el hombre que le había dado el dinero pudiera escucharle.

* * *

El doctor Hobson vino por la mañana, examinó al paciente y decidió que ya podía quitar la venda, aunque debería dejar un trozo de gasa sujeto con una cruz de esparadrapo en el lugar más afectado por los golpes.

—Si quiere pasear, hágalo, pero moderadamente y sin ejercicios violentos —dijo.

—Gracias, doctor. ¿Cómo tengo la sesera? —preguntó Smith alegremente.

—Es un cacharro de una resistencia increíble —sonrió el galeno —. Cuando me lo trajeron a casa, pensé inmediatamente en una irremediable fractura de cráneo. Tenía usted las pupilas como puntas de alfiler y una respiración que daba miedo. Pero las

radiografías no revelaron el menor rastro de fractura ósea.

—En resumen, soy un tipo duro de mollera.

—Hablando con franqueza, así es —rió el galeno.

Farndale vino poco después.

—Celebro verle en pie —dijo.

—El médico, puede decirse, me ha dado de alta. ¿Qué hay de nuevo en sus investigaciones?

—Todo sigue igual. ¿Ha sabido usted algo?

Smith le contó el resultado de las conversaciones que Mavis había sostenido con Bess y la señora Calloway.

—Eso es muy interesante —murmuró Farndale—. Pero creo que la chica no ha hecho todas las preguntas necesarias.

—¿Cómo?

Farndale sonrió, mientras se encaminaba hacia la puerta.

—Ella no es una profesional de la investigación —dijo.

Smith se vistió y bajó al vestíbulo. Sentóse en un sillón, junto a una mesa con diarios y revistas, y se puso a leer, esperando a que la muchacha saliese de su habitación, para darle la sorpresa de estar levantado.

Farndale regresó antes.

—La señora Calloway no está en su casa —anunció.

—¿Ha hablado con los vecinos? —preguntó Smith.

—Sí. Uno de ellos dice que la vio salir muy temprano, montada en su bicicleta. Supone que ha ido a Fowlinson. Suele ir allí con frecuencia.

—No se preocupe, ya volverá. ¿Por qué no pide una taza de café y se sienta conmigo?

—¿Dónde está la señorita Glenville?

—Arriba, en su habitación.

Transcurrió una hora. Smith empezó a sentirse impaciente y se levantó.

—Por favor, póngame con la habitación de la señorita Glenville —solicitó del conserje. Pero el teléfono de Mavis no contestó. Desde su asiento, Farndale vio el gesto de preocupación que se dibujaba en el rostro del joven.

—Siga ahí, Smith; yo subiré a ver qué sucede —se ofreció.

El detective regresó momentos después.

—Mavis no está. Ha salido muy temprano —manifestó.

—¿Adónde diablos habrá ido esa mujer? —rezongó Smith.

Farndale le palmeó las espaldas.

—No se preocupe —dijo—; ella volverá cuando menos se lo piense.

A las ocho de la noche, Mavis no había dado todavía señales de vida.

CAPÍTULO XII

Mavis despertó y se encontró sujeta a una cama estrecha, no muy blanda, con el cuerpo cubierto por una sábana, debajo de la cual no había otra prenda de ropa. Tenía un gusto horrible en la boca y, durante unos momentos, se sintió incapaz de coordinar sus Ideas.

Al cabo de unos momentos, su cerebro se despejó. Entonces pudo ver que se hallaba en una vasta habitación, brillantemente iluminada, en la que había una serie de aparatos y utensilios, la mayor parte de los cuales le resultaban por completo desconocidos.

Había un hombre vestido con una bata blanca, de espaldas a ella, examinando algo a través de un microscopio. El hombre se volvió de pronto y, al ver que tenía los ojos abiertos, sonrió.

Mavis lanzó un grito:

—¡Joshua!

—Hola, querida cuñada —dijo Neagle—. ¿Te encuentras bien? Lamento haber tenido que recurrir a procedimientos nada amistosos para traerte aquí, pero no podía hacerlo de otro modo. Y tampoco disponía de un sujeto para mis experiencias, de modo que me fue forzoso recurrir a ti.

Mavis se sintió invadida por un espantoso terror.

—¡Joshua! ¿Qué vas a hacer conmigo? —gritó.

Neagle se acercó a ella y acarició su mano izquierda.

—Perfecta —murmuró—. Ya no habrá más fallos ni rechazos orgánicos. Al fin, he conseguido solucionar todos los problemas.

Mavis creyó comprender.

—Vas… a cortarme… la mano… —dijo, aterrada.

—Sí —fue la tranquila respuesta del sujeto.

—Pero… ¿por qué? ¿Qué te he hecho yo?

—A decir verdad, nada, pero tu hermana necesita esa mano.

—¿Bárbara?

—La misma.

—Está muerta…

—Es una chica que se parecía mucho a ella. Incluso le arreglé la cara para que todos creyeran que había muerto. —Neagle soltó de repente una risa siniestra—. Es curioso; cierta vez yo necesité la mano de una joven muerta, para estudiar más a fondo su anatomía, y el idiota de Vinceton fue a buscarla en el mismo cementerio donde había sido enterrada… mi *esposa*.

—Estás loco, loco, Joshua —dijo Mavis—. Suéltame…

—Ni lo sueñes —contestó Neagle con voz firme—. Los análisis han dado resultados positivos. Pero no temas; la amputación se hará bajo anestesia total.

—Pero… Bárbara no puede consentir que hagas una cosa semejante…

—¿No? Lo ha permitido ya varias veces, pero en todas ha habido rechazo del trasplante. Debí haber empezado por ti, querida; a fin de cuentas, sois hermanas y eso no deja de ser una ventaja en el aspecto fisiológico.

—Joshua, ella no lo permitirá —dijo Mavis.

—¿No? ¡Bárbara!

Sonaron unos pasos. Horrorizada, Mavis volvió la cabeza.

Su hermana se acercaba lentamente, vestida de la misma manera que la había visto noches antes, aunque tenía el brazo izquierdo enteramente vendado hasta más arriba del codo y sujeto por un cabestrillo.

En aquel brazo faltaba la mano.

—Bárbara, tú no puedes consentir… —dijo Mavis.

—Necesito una mano —contestó Bárbara con voz opaca.

—Hace muchos meses, sufrió una infección, a consecuencia de un rasguño —explicó Neagle calmosamente—. La infección derivó en gangrena y tuve que amputar. Le prometí que tendría una mano nueva.

Mavis miró a su cuñado con ojos llenos de terror.

—Su vida es el piano —añadió Neagle—. Y a mí me gustaba enormemente oír sus maravillosos conciertos… Un día, Bárbara volverá a interpretar a Listz, Chopin, Schumann, Rachmaninoff…

—Sí, querido —dijo Bárbara con su peculiar voz desprovista de tonalidades.

—Necesitaba una mano izquierda, pero el miembro implantado era rechazado invariablemente por el organismo. Creo que ya no sucederá más —dijo Neagle.

—Bárbara, soy tu hermana —rogó la muchacha—. No permitas que este hombre cometa una salvajada conmigo.

—Necesito una mano, Mavis.

La joven creía hallarse sometida a una espantosa pesadilla. Pronto despertaría y… Neagle se acercó a una mesa con ruedas y la empujó con ambas manos.

—Tiéndete ahí, Bárbara —indicó.

—Sí, querido.

Los ojos de Neagle se posaron en el horrorizado rostro de la prisionera.

—Lo siento, cuñada —dijo, con perversa sonrisa—, pero no tengo otro remedio. Desesperada, Mavis se preguntó si Smith sabría dónde se encontraba. Era preciso distraer a Neagle, hacerle perder el mayor tiempo posible.

—Joshua, ¿dónde estoy? —preguntó.

—En el sótano de Wentham House, por supuesto.

—Pero no hemos encontrado la entrada.

—No es tan difícil… cuando se conoce.

—Joshua, hace algunas noches, nos encontramos a Bárbara fuera de la casa.

—Cometió la imprudencia de querer respirar el aire puro. Se me escapó antes de que yo pudiera impedirlo. Además, quería traerse a *Solly* aquí… Ese maldito gato —dijo Neagle con repentino furor—. Bárbara estuvo a punto de morir.

—Y tú estuviste a punto de matar al señor Smith.

Neagle se encogió de hombros.

—No quería curiosos —respondió—. Si vive, mejor para él.

—Randy Burdon está muerto…

—Otro curioso estúpido.

—¿Le llevaste tú las botellas con el veneno?

—No.

—Fue la señora Calloway —adivinó Mavis.

Mientras hablaban, Neagle seguía trabajando. Bárbara estaba tendida en la otra cama de operaciones, con los ojos cerrados, como ausente de lo que sucedía a su alrededor.

—¿Qué me dices del doctor White? —preguntó Mavis.

—Era un sinvergüenza. Quería sacarme dinero.

—Porque sabía que la chica que hay en el cementerio no era Bárbara.

—Sí.

—Y te amenazó con destapar el pastel… Y enviaste a Bárbara, hipnotizada, a que lo matase.

—Sí…

—Joshua, ¿dónde están las otras?

Neagle contestó con un gesto de indiferencia. Mavis supo así que tres desgraciadas jóvenes yacían bajo tierra, en algún lugar completamente ignorado.

—Burdon merodeaba mucho por esta casa —dijo Neagle maquinalmente—. Era un pequeño canalla. Quizá sospechaba algo y quería sacarme dinero.

—Sobre todo, después de que Bárbara había cobrado la herencia.

—Nos vino bien, es cierto —sonrió el individuo.

—Tú me dijiste que Bárbara te había abandonado…

—Algo tenía que decir, ¿no? El secreto era indispensable si quería lograr el triunfo. —Estuviste mucho tiempo preparando este sótano. Incluso fingiste tu marcha.

—Era lo conveniente, Mavis.

—¿Qué me dices de Cindy Potter?

—Se me escapó. Lo siento, no pude evitarlo.

—Pensé que matarías a tus víctimas después de la amputación…

—La mantengo todavía con vida algunos días. Aún le queda sangre y la necesito para Bárbara.

Mavis creyó que no podría sentir más horror. Neagle estaba loco y su única obsesión era conseguir que Bárbara tocase el piano nuevamente. Era un amor morboso, enfermizo… pero ¿sentíase Bárbara plenamente consciente de cuánto sucedía?

Estaba segura de que su hermana se hallaba bajo una constante hipnosis. La conocía bien; en condiciones normales, no habría tolerado una cosa semejante, no sólo en su propia hermana, sino en las otras chicas.

De pronto, Neagle se incorporó y contempló el nivel del líquido contenido en la jeringuilla de inyecciones. Luego tomó un algodón

mojado en alcohol y se acercó a Mavis.

—Lo siento —sonrió.

La aguja penetró profundamente en la carne.

* * *

—Presiento que está aquí —dijo Smith.

Farndale movió la linterna en todas direcciones.

—La casa está vacía —rezongó.

—Tiene que haber un sótano y se entra en él por alguna parte. Vamos a buscar…

De pronto, se oyó un maullido.

Farndale respingó. Smith se inclinó y pasó la mano por el lomo de *Solly*.

—No tema —dijo—. Es un gato muy manso.

Solly se frotó contra la pierna derecha del joven. De pronto, echó a andar con la cola levantada.

Smith se dio cuenta de que el animal se dirigía hacia un armario empotrado, en el que le habían visto la primera vez, con una rata entre los dientes. De pronto, se sintió acometido por una súbita inspiración.

—¡Aquí, Farndale!

El detective acudió de inmediato. *Solly* maullaba en aquel pequeño recinto, de sección cuadrada y de metro y medio de lado.

—Esto es algo más que un armario —dijo Farndale.

Empezó a tantear las paredes. Situado entre los dos hombres, el gato maullaba de un modo singular.

De repente, Farndale notó un ligero saliente en uno de los paneles. Hizo presión con la mano y el suelo descendió nuevamente.

Farndale sacó el revólver que llevaba en una funda sujeta a su cinturón. Smith se sentía estupefacto.

Ahora ya no le cabía la menor duda de que Joshua Neagle había hecho construir aquel ascensor, probablemente mucho tiempo atrás. Todo el tiempo había permanecido escondido en el sótano. Pero ¿quién le suministraba los víveres y cuanto necesitaba para sus experimentos?

La señora Calloway, no cabía duda, halló muy pronto la respuesta.

El ascensor se detuvo de pronto.

Los dos hombres se hallaron en un vasto sótano, perfectamente acondicionado, en el que reinaba una temperatura muy agradable. Había dos mesas de operaciones y en cada una de ellas estaba tendida una mujer.

—Señora Calloway —dijo Neagle de pronto, sin mirar siquiera a sus espaldas.

Neagle estaba inclinado sobre una de las mujeres y tenía un finísimo bisturí en la mano.

—Ninguno de nosotros somos la señora Calloway —contestó Smith.

Neagle se incorporó vivamente. Volvió la cabeza y miró con furia a los recién llegados.

—¿Qué hacen aquí? —gritó.

—Hemos venido a exigirle cuentas —dijo el joven.

—Así es —confirmó Farndale.

Durante unos segundos, sólo hubo silencio en la estancia. De repente, Bárbara se sentó en la mesa de operaciones.

—Joshua —dijo.

—Cállate —gritó Neagle furiosamente—. Échate, no quiero que te levantes…

—He estado pensando —dijo Bárbara—. No quiero que toques a mi hermana.

—¡Necesitas esa mano! —aulló Neagle—. ¡Quiero que vuelvas a tocar el piano!

Bárbara puso los pies en el suelo.

—No le harás nada a Mavis —insistió.

Neagle, terriblemente furioso, movió la mano izquierda para apartarla a un lado.

—¡Lo haré! —aulló.

En el mismo instante, *Solly* emitió un terrible maullido. Cruzó el sótano como un meteoro y saltó a la cara de Neagle, arañándole horriblemente.

Neagle chilló de una forma espeluznante. Intentó quitarse el gato del rostro, pero no lo consiguió. Frenético por el dolor, movió la mano en la que aún tenía el bisturí. Bárbara se arrojaba sobre él en aquel instante y el bisturí cortó profundamente el lado izquierdo de su cuello.

Solly seguía arañando y mordiendo, en medio de feroces

aullidos. De repente, saltó a un lado.

Neagle ofrecía un aspecto horripilante. Toda su cara era una máscara de sangre, desde los ojos al mentón. Espeluznado, Smith vio que los globos oculares del sujeto no eran sino unos jirones de tejido sanguinolento, que caían en parte fuera de las órbitas. También salía sangre del lado izquierdo de su cuello.

Bárbara yacía en el suelo, en medio de un enorme charco de líquido rojo. Neagle dio unos pasos vacilantes mientras emitía unos sonidos que no tenían nada de humanos. Luego, degollado literalmente por un terrible mordisco de *Solly*, se desplomó al suelo.

Dominando el horror que sentía, Smith corrió hacia Mavis y puso una mano sobre su pecho, cubierto por la sábana.

—Vive —dijo, enormemente satisfecho.

Luego miró al gato, que estaba completamente manchado de sangre.

—Ven, *Solly* —dijo.

Había un grifo de agua en un rincón. *Solly* se dejó lavar dócilmente.

* * *

Emily Calloway detuvo la bicicleta junto a la casa. Vio el coche parado y frunció el ceño.

Entró sin hacer ruido por la puerta posterior. Caminó hasta el ascensor secreto y oyó voces en el sótano.

—Nos llevaremos a Mavis ahora —dijo Smith—. Usted se encargará de avisar a la policía, Farndale.

—De acuerdo —contestó el detective.

Emily comprendió que podía ser descubierta y corrió a esconderse. Había un armario vacío y se metió en su interior. Cerró la puerta.

Mucho más tarde, quiso abrir. Pero no pudo.

El pestillo, viejo y oxidado, se había bloqueado. Emily insistió.

La puerta era vieja, pero sólida, de buen roble, que había desafiado sin dificultad el paso de los años. Los esfuerzos de Emily por librarse de aquel encierro fueron inútiles.

Gritó, golpeó la puerta con los puños. Todo fue inútil.

De pronto, sintió un leve roce en el tobillo derecho. Luego notó un vivo dolor en aquella región de su cuerpo.

Emily aulló frenéticamente. Otra rata penetró por el agujero situado a ras del suelo y empezó a morder. Vinieron más ratas.

La señora Calloway luchó frenéticamente. Era un gigante comparado con aquellos seres diminutos, pero, inexorablemente, triunfó la fuerza del número.

* * *

La puerta del estudio se abrió silenciosamente. Mavis entró y dejó una caja en el suelo, junto a la puerta. La caja era relativamente grande y tenía forma de maleta, con dos asas. Estaba construida con mimbres pintados de vivos colores.

Ni el pintor ni su modelo se habían dado cuenta de la presencia de una persona extraña en el estudio.

—Eh, oiga, usted, la modelo, vístase inmediatamente y lárguese de aquí.

A Smith se le cayeron la paleta y los pinceles al oír aquella voz.

—¡Mavis! —gritó.

La modelo, furiosa, arrojó el jarrón al suelo, rompiéndolo en mil pedazos. Luego fue a vestirse tras el biombo.

—A partir de ahora —dijo Mavis—, cuando necesites una modelo femenina, no llames a nadie, Apolo.

Smith sonrió.

—Si tú lo ordenas…

Mavis sonreía también.

—He tardado un poco —dijo.

—Necesitas olvidar, era lógico. Aunque, por suerte, no viste lo más desagradable.

—Sí, me ahorré ese espectáculo —convino ella—. ¿Sabes?, he vendido la casa. El comprador la hizo derruir por completo, para edificar un edificio más acorde con los gustos actuales. ¿A que no sabes qué encontraron en uno de los armarios?

—No tengo la menor idea, Mavis.

—Un esqueleto humano. Se ha sabido que era el de la señora Calloway, devorada por las ratas. Se escondió allí, seguramente, cuando tú y Farndale estabais en el sótano. La cerradura se bloqueó y… las ratas hambrientas acudieron en gran número.

—Ratas —murmuró él, sin darse cuenta de que la modelo abandonaba el estudio, con aire de dignidad ofendida.

—Sí, tenían sus guaridas en las dovelas del piso que separaba la planta baja del sótano. Emily había sido comprada por Joshua. Era muy codiciosa y lo que hacía mi cuñado no le importaba en absoluto, con tal de ganar dinero. Por cierto, la casa de Emily fue heredada por un sobrino, que se encargó de derribarla, para construir una nueva. El sobrino encontró sesenta mil dólares escondidos en el hueco de un ladrillo.

—Eso sí que es una bonita herencia —sonrió Smith.

—Joshua era un hombre malo, enamorado morbosamente de mi hermana. Yo creo que la situación límite a que habíamos llegado, hizo despertar en Bárbara los sentimientos fraternales. Por supuesto, creo que aceptaba los trasplantes por egoísmo, pero también estaba influida por la narcosis artificial que Joshua provocaba en ella casi constantemente.

—Mavis, siento terriblemente lo sucedido…

De pronto, se oyó un largo maullido.

—¡*Solly*! —gritó la muchacha—. Te había olvidado, precioso…

Corrió hacia la cesta de mimbre, la abrió y sacó el gato, que ronroneó feliz, al sentirse en sus brazos.

—La noche en que vimos a Bárbara, *Solly* no bufaba furioso contra ella, sino contra Joshua, que no quedaba a la vista. *Solly* sintió siempre un odio irracional hacia mi cuñado… el odio provocado por el instinto de un animal que sabía hacía daño a la persona amada. Porque lo que hacía Joshua, pese a lo que dijera, no era bueno, Apolo.

Smith pasó una mano por el lomo del gato.

—Estoy de acuerdo contigo, Mavis —murmuró—. Ya decía yo que la clave estaba en el gato. *Solly* sabía que su ama estaba viva; por eso no se movía de las inmediaciones de la casa. Y, si en el primer momento, se nos mostró un tanto hostil, era porque todavía no nos conocía bien. Otra cosa, el gato que maulló durante el entierro de Katie Vandervries, la chica que tanto se parecía a Bárbara, no era *Solly*; era el gato de uno de los sepultureros, que se había lisiado una pata al perseguir a un pájaro.

Smith sonrió. De pronto, fue hacia uno de los rincones del estudio, donde había un frigorífico. Sacó una botella de leche, puso un poco en un plato y dejó éste en el suelo.

—Suelta a *Solly*, Mavis.

La joven obedeció. *Solly*, se desperezó y luego caminó lentamente hacia el plato con la leche.

Smith se acercó a Mavis.

—De modo que quieres ser mi modelo —dijo.

—Sí, pero tendrás que pagarme las sesiones.

—¿Cómo?

Ella le echó los brazos al cuello.

—A una mujer casada no le importa posar para su marido —contestó apasionadamente.

FIN